

COLECCIÓN
**EDUCACIÓN
Y LIBERTAD**

E N S A Y O S

Pensamiento Universitario del Siglo XX

UNIVERSIDAD DE Q.

ALFREDO PÉREZ GUERRERO

JUAN B. PARRALES

III

UNIVERSIDAD
ALFREDO PÉREZ GUERRERO

UP

CENTRO CULTURAL

2005

Universidad Alfredo Pérez Guerrero

Dr. Jorge Enriquez Páez	Rector
Raúl Pérez Torres	Director de Cultura
Patricio Herrera Crespo	Director Editorial

- © *La Pasión por la Universidad*
- © Carlos Cueva Tamariz. Colección Educación y Libertad • Tomo III
- © Universidad Alfredo Pérez Guerrero
Primera Edición - UNAP
ISBN-9978-340-02-5
Derechos reservados
Diseño de colección: Carlos Zamora
Impresión: Pantone Impresiones Cía. Ltda.
Quito - Ecuador



Universidad Alfredo Pérez Guerrero
Centro Cultural
Av. De los Shyris N39-33 y EL Telégrafo, Quito-Ecuador
Teléfono: (593 2) 2452 880
E-mail: centrocultural@unap.edu.ec

FINANCIADO CON CRÉDITO DEL
CONSEJO NACIONAL DE CULTURA - FONCULTURA.

Carlos Cueva Tamariz

La pasión por la Universidad

Antonio Correa Losada
Selección de textos

*La universidad es a la cultura
lo que la libertad es al pueblo:
su respiración natural.*

Raúl Pérez Torres

UNA BREVE SEMBLANZA

La personalidad del notable hombre público, profesor universitario, rector durante más de dos décadas de la Universidad de Cuenca, legislador, ministro de Estado, embajador y diplomático y conductor político del Azuay por dilatado tiempo, doctor Carlos Cueva Tamariz (1898–1990), llena casi por completo la historia de Cuenca del siglo XX, con proyección hacia todo el país, ya que su actuación en la vida nacional fue siempre respetable e influyente en los destinos del Ecuador. Vivió noventa y dos años, de los cuales más de cincuenta dedicó a la tarea de la educación pública como profesor primario, profesor y rector de educación media, director provincial de educación, profesor y rector universitario, ministro de Educación, o como rector honorario de la universidad, constituyéndose por lo mismo en un guía constante de la juventud. Comenzó como profesor-director de la escuela "Luis Cordero" de Cuenca y por la senda sembradora del magisterio orientó su existencia que estuvo matizada de páginas lúcidas y eficaces.

Excelente conversador. Sagaz. Responsable. Prudente. En todo tiempo mantuvo la imagen de un ciudadano íntegro e inteligente. El doctor Luis Monsalve Pozo, escritor que colaboró con él tantos años y que lo trató a diario y lo conoció muy de cerca, nos dejó la siguiente semblanza:

En realidad, no es sola la figura externa de Carlos Cueva Tamariz, alta y señera; sus ojos iluminados con una intensa luz de guía, de luz de pionero; su cabeza encendida... desde donde se otean todos los horizontes apacibles... En verdad, no

es solo su voz cordial, su palabra emocionada; sus manos, sus manos blancas de sembrador de buenas semillas, las características que realzan su personalidad. No. Es su alma bondadosa, su sencillez, su espíritu limpio de reveses, llano y claro; su corazón siempre abierto, libre de egoísmos, robusto, y su inteligencia, y su educación, y su ilustración y su cultura, los factores que, naturalmente, en cualquier sentido que gire la rosa de los vientos, nos dicen que Carlos Cueva Tamariz es el Maestro.

Al tratar de seguir su trayectoria vital, contando algo de lo que él fue y de lo que hizo por su tierra nativa y por el Ecuador al que sirvió con largueza y honradez. Su figura, su imagen, su empaque de personaje, todo esto -por cierto- se proyectó, rebasando lo nacional, en el ámbito internacional, como la de los ecuatorianos ilustres de nuestro siglo.

Concluido a su vez el ciclo de su docencia secundaria y de la Dirección de Educación se preparó para su cátedra en la Universidad; primero, como profesor en las materias de Historia del Derecho y Legislación Obrera, en 1939, durante el rectorado del Dr. Remigio Crespo Toral; segundo, como Decano de la Facultad de Jurisprudencia en 1941-1942 y Representante del Profesorado ante el H. Consejo Universitario, en este último año, durante el rectorado del Dr. Octavio Díaz; y tercero, como rector elegido por la Asamblea Universitaria en 1944. Este ciclo, por lo que hizo desde su inicio y no dejó de hacer hasta su conclusión, es por varias razones un capítulo aparte en la trayectoria docente del doctor Cueva y, entre estas: por el tiempo de duración en el rectorado que pasó a ocupar ininterrumpidamente por veinte y tres años, desde el día 8 de junio de 1944, que viene a ser el más largo en la historia de la Universidad de Cuenca ejercido por rector alguno. Por las renovaciones impuestas al Alma Mater; al doctor Cueva le correspondió inaugurar una etapa renovadora en lo científico y cultural, que se complementó con la construcción de la Ciudad Universitaria en el Ejido, a la orilla derecha del río Tomebamba. En definitiva, el doctor Carlos Cueva Tamariz fue el creador de la nueva universidad cuencana.

Como una muestra de la misión que debe cumplir el magisterio, transcribimos sus palabras:

El magisterio en todos sus grados es una dación del espíritu en ofrenda a quienes necesitan formar el suyo; es apostolado laico con todos los dolores y con todas las satisfacciones que toda consagración al servicio de los demás lleva consigo. Estudio constante, bondad, voluntad sin desmayos, simpatía humana, abnegación requiere el maestro para cumplir su misión de orientar, de guiar, de señalar caminos, con la palabra, con la acción, con la conducta, en trato diario con almas juveniles no siempre dóciles a las sugerencias del estudio y del trabajo.

EL DESEMPEÑO PÚBLICO

Desde los primeros años de su juventud el doctor Carlos Cueva Tamariz ya estuvo situado en los puestos que requerían el concurso de los mejores, desde su primer cargo en el desempeño de un empleo fiscal en la Dirección de Estudios y de profesor primario. Después vendrán las dignidades honoríficas ganadas a pulso de mérito por los hombres de bien. Se comenzaba generalmente a hacerse notorio en el seno del Concejo Cantonal o en el Consejo Provincial, que servían para probar la eficacia del ciudadano que allá iba, ya sea llamado por la autoridad superior, o ya elegido por el voto popular libre de presiones electoreras a trabajar desposeído de todo interés personal por el bien de la colectividad.

Al referirse al porvenir del pueblo ecuatoriano y con motivo de la fundación de la Biblioteca Municipal el 3 de noviembre de 1927, el doctor Cueva Tamariz, señalaba:

¿Y cómo edificarlo?: con el trabajo y la cultura; con la educación y con el esfuerzo. Sobre todo con la educación, que comienza con la vida y termina con ella misma. Y uno de los vehículos principales de la educación es el libro, regado a manos llenas y puesto al alcance de todos. Por esto el Concejo Municipal de Cuenca, a iniciativa de su fervoroso presidente, ha fundado esta todavía modesta biblioteca pública, que hoy entrega a la juventud, a la clase obrera, a la ciudad toda, como el más auténtico fruto de la independencia conquistada por nuestros antecesores. En ella busquen los ciudadanos todos las

armas para una nueva y más valiosa conquista: la de la libertad espiritual, a la que no se llega sino después de una jura a muerte contra la ignorancia, madre fecunda de todos los fanatismos".

PROMOTOR CULTURAL

Tampoco podría afirmarse que el doctor Carlos Cueva Tamariz, haya sido un escritor de oficio. No, no lo fue. No dedicó parte de su tiempo a la literatura como para llamarlo literato. En sus horas de primera juventud escribió poco, pocas páginas, unos pocos versos. Participó, eso sí, con los jóvenes de su generación en el movimiento Modernista. Pero no dejó libro alguno de su creación. Su campo intelectual se manifestó en otras actividades relacionadas con la cultura. Fue, en todo caso y en todo tiempo, un promotor de la cultura. Exactamente, eso fue, un gran promotor cultural desde dos de sus altos sitios: como rector de la Universidad y como presidente de la Casa de la Cultura.

Al tiempo en el que el doctor Manuel Benjamín Carrión -con la venia del Presidente J. M. Velasco Ibarra- fundaba en Quito la Casa de la Cultura Ecuatoriana, el doctor Cueva Tamariz fue nombrado Miembro Titular en representación de las Ciencias de la Educación, junto con el profesor Jorge Bolívar, en 1944. Al año siguiente fundó en Cuenca, el Núcleo del Azuay, el cual, presidió desde el 5 de noviembre de 1946 y en reelecciones sucesivas durante veinticuatro años.

LA UNIVERSIDAD DE CUENCA

La nueva época de la Universidad de Cuenca (1944-1964), es decir, el periodo histórico conducido por el doctor Carlos Cueva Tamariz paso a ser de hecho el de la nueva y moderna Universidad: quedó en el pasado el "antes" y amaneció el "presente" que duró veinte años ininterrumpidos, singular acontecimiento cultural digno de una institución como nuestra Universidad y digno de la época contemporánea que nos ha correspondido vivir a nuestras generaciones nativas de esta hermo-

sa ciudad y región. El eje de la acción creadora del doctor Cueva Tamariz, giró en torno de la Universidad, de su marcha diaria, de su realidad actuante, de sus problemas, de su misión. La condujo por nuevos caminos, la gobernó con sabiduría, la administró con prudencia y honradez. Creó la Ciudad Universitaria, que hoy lleva su nombre como homenaje permanente a quien fue su principal artífice. Con su acción transformó la vida universitaria y se colocó junto a los rectores que hicieron posible en el Ecuador la vida de una nueva universidad al servicio del país.

EL RECTOR

En estas fechas se había cimentado en el ánimo de profesores y alumnos de la Universidad de Cuenca el espíritu de la renovación total y por tanto se venía señalando sin lugar a discusión la presencia del doctor Carlos Cueva Tamariz como guía de la Universidad. Sus méritos le acreditaban desde los años de la juventud en los campos de la docencia y de la ideología política de liderazgo. Como se ha dicho, comenzó en 1915 como profesor primario y director de escuela; luego, profesor de educación media y rector de colegio y, finalmente, como catedrático universitario. Al momento de su elección se hallaba de decano de la Facultad de Jurisprudencia. Y en condición de legislador, jefe de partido y hombre de Estado fue representante del Azuay y conductor de la provincia desde 1924 hasta la hora de su muerte: estuvo presente en todas las asambleas nacionales desde 1929. El 12 de junio de 1944 el doctor Carlos Cueva Tamariz fue elegido por la Asamblea Universitaria Rector y en el desempeño de este cargo docente se mantuvo por reelección sucesiva y unánime en los años de 1948, 1952 y 1956. Para el cuarto período de los años de 1960 a 1964 el doctor Cueva se vio obligado a soportar una odiosa presión dictatorial que intentó doblegar el ánimo universitario. Su mandato duró veinte años, sin interrupción, los mismos años que sirvieron para la modernización de la Universidad con la creación, fundación y funcionamiento de la Ciudad Universitaria y del afianzamiento de su prestigio a nivel nacional, a pesar de ciertos embates.

HONROSA RESPONSABILIDAD

El laborioso proceso de transformar la Universidad de Cuenca en el centro del desarrollo cultural del Azuay, fue la obra que correspondió al doctor Cueva Tamariz a lo largo de sus veinte años de Rector. La Universidad al servicio del país, fue obra de un grupo de auténticos conductores del pensamiento y la acción nacionales desde las aulas universitarias, con rectores entre los que se contó el doctor Cueva, en años que se marcaron con muchos sacrificios para imponer la democracia.

No se puede ni se debe omitir la mención de aquellos nombres que simultáneamente desplegaron tan fecunda labor, dotados como estuvieron para impartir sus sabias enseñanzas en todo el país: los doctores Ángel Modesto Paredes, Alfredo Pérez Guerrero, Manuel Agustín Aguirre, Juan Isaac Lovato, el P. Aurelio Espinosa Pólit, Carlos Cueva Tamariz desde las tribunas de la prensa y la legislatura, del magisterio superior y la ideología política al servicio de la sociedad. Y así es en efecto, porque desde allí, junto a la inquietud de la juventud que acude al aula universitaria, estaba la palabra aconsejadora, alertándola al mejor cumplimiento de su compromiso en favor de la Nación y estaba, asimismo la sugestión reflexiva alrededor de la misión llamada a desenvolver la Universidad en un clima de libertad espiritual frente a la vida diaria: el requerimiento para que el estudiantado ennoblezca el quehacer político y se concrete al análisis de la transformación social que puesta en manos de una universidad sin sectarismos sirva para orientar el progreso de los pueblos. Tal fue en esos años medianeros de nuestro siglo la común responsabilidad de profesores y alumnos universitarios con la cual la Universidad pudo cumplir con sus ideales de superación social y de formación profesional, guiada como estuvo por rectores de calidad tan alta como los antes nombrados.

PENSAMIENTO UNIVERSITARIO

Podemos seguir la preocupación intelectual del doctor Carlos Cueva Tamariz, leyendo, una a una, sus intervenciones académicas mientras ejerció el rectorado. Y para ello la Universidad de Cuenca publicó en

junio de 1964, al término de su último período, un apreciable volumen de 296 páginas con la colección de un medio centenar de sus discursos, titulado *En torno a la Universidad*, con una nota liminar de Luis Monsalve Pozo, en donde -con el debido acierto- califica al libro del doctor Cueva de "un tratado de pedagogía universitaria, honda y trascendente"; y así es en efecto, porque allí, junto a la inquietud de la juventud que acude al aula universitaria a la que aconseja, alertándola de cómo cumplir su compromiso con la Nación, en fin, junto al informe sobre la marcha del plantel, expresado con veracidad, la común responsabilidad del profesor y del alumno universitarios para que la Universidad pueda cumplir con sus ideales de superación social y de formación educativa.

La preocupación del doctor Cueva Tamariz por llevar a la Universidad a planos y sitios realmente superiores fue constante y con ese fin, en cada oportunidad propicia, al reinicio anual de clases, en las fechas patrias y de los próceres, en los aniversarios propiamente universitarios, en las horas de la contienda, no faltó su palabra de orientación y de consejo. El discurso leído fue una grata tarea que la cumplió con puntualidad y al hacerlo fue conformando una especie de Idearium Universitario, conocedor profundo como fue de la problemática universitaria en una época en la que la universidad ecuatoriana estuvo sujeta a transformaciones radicales, nacidas algunas al calor de extremas posiciones políticas que influyeron en el nacimiento y desarrollo de la crisis que hoy la agobia y en la que se ve inmersa, sin poder hallar -como sería lo deseable- un camino que la conduzca a buen puerto.

Tomado del libro *Carlos Cueva Tamariz* de Antonio Lloret Bastidas

DISCURSOS

EL PRECURSOR EUGENIO ESPEJO

La vida política y social de la Presidencia de Quito fue deslucida y opaca. Dependiente de los virreinos lejanos, careció de los principales estímulos inmediatos para manifestarse activa y pujante, como en Lima o en Santa Fe de Bogotá.

No tuvimos sino una o dos individualidades señeras que se destacan sobre el fondo gris y desdibujado de la vida colonial quiteña: Don Pedro Vicente Maldonado, sorprendente por sus amplios y profundos conocimientos científicos y por sus afanes de progreso; y luego el Dr. Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo, figura múltiple y desconcertante de escritor, científico, político y rebelde que floreció en la segunda mitad del siglo XVIII; vida breve y fecunda que nos dejó lecciones perdurables y enseñanzas inolvidables.

Los rasgos de su personalidad hay que estudiarlos sobre el fondo histórico de la sociedad quiteña de su siglo. Sociedad profundamente escindida en clases. Predominio del clero en todas las manifestaciones de la vida social. Despotismo de los funcionarios españoles. Menosprecio a los criollos y mestizas. Servidumbre indígena. Escasa difusión de la cultura. Educación formalista y vacía. Culteranismo literario. Soberbia y vanidad arriba; miseria y servidumbre abajo. Riqueza y fausto en el culto religioso externo. Florecimiento del arte religioso en las iglesias y en los monasterios. Vida civil lánguida y sin relieve.

Mestizo de humilde origen, hijo de un indio cajamarqueño y de una mulata quiteña, llevó en su sangre el impulso de superación para la lucha contra los múltiples obstáculos que le estorbaron su camino. Las mejores horas de su juventud las consagró al estudio de cuanto era posible saber

en su tiempo y en su medio. A los veinte años fue doctor en Medicina. También lo fue en Derecho. Aprendió en los libros y aprendió, también, en la vida. Formidable autodidacta, que dominó los más variados campos del conocimiento, se yergue en plena juventud para la grande y cotidiana pelea contra la ignorancia, la vanidad, el prejuicio, el despotismo, la injusticia, la enfermedad y la miseria.

Porque su vida fue, fundamentalmente, una lucha sin tregua contra esas lacras de la sociedad y un afán constante de transformación de la sociedad en que le tocó vivir.

Como médico, alcanzó por sus amplios conocimientos y por sus geniales adivinaciones científicas el primer puesto entre los de su tiempo.

Abogado, ejerció el apostolado de la justicia con sentido profundo de jurista y con pasión enconada contra golillas y picapleitos.

Escritor de rica vena satírica, criticó donosamente los defectos de sus contemporáneos y aplicó el cauterio de su risa burlona sobre las llagas vivas de la sociedad quiteña.

... es mucho lo que ríe a la vista de todos, pero muchísimo más lo que a solas ríe, porque en casi todos los hombres halla con facilidad ese lado por el cual son más hombres, esto es vestidos de más o menos ridiculeces; y sobre las suyas propias que ha podido conocer, él mismo no se perdona, se burla él mismo y procura corregirse...

En uno como su autorretrato, perdido entre las páginas de La Ciencia Blancardina, dice: Reír de los demás y de sí mismo en plan pedagógico y correccional fue su gran arma de combate: y su manejo le concitó una jauría de odios y rencores que le persiguió y le acosó hasta el fin de sus días.

Hombre de ciencia, asombra todavía por sus sólidos conocimientos y, sobre todo, por sus intuiciones geniales. Muchas de sus observaciones y reflexiones sobre la higiene, la economía y otras modalidades de la vida quiteña de su tiempo tienen palpitante validez actual, tales fueron la hondura y lucidez de su mirada.

Político, combatió el despotismo y el orgullo peninsulares y, con visión clara y de largo alcance, planeó el gobierno autónomo de Quito y

de las demás colonias hispanoamericanas, y trabajó para su realización con todos los medios que le sugería su vivaz ingenio, hasta entregar su vida en plenitud de holocausto por el ideal que encendió su corazón de patriota americano. Fue el Precursor, el Guía de nuestra emancipación política.

Periodista, el primero de nuestra patria, divulgó sus conocimientos y estableció contacto con el pueblo en sus *Primicias de la Cultura de Quito*, preparándole, por la instrucción, para ocupar su rol en el gobierno autónomo que planeaba con sagaz reserva.

Recordemos, a este propósito, que la reedición de los siete números de las "Primicias" se hizo en esta ciudad de Cuenca, a más de un siglo de su aparición, por empeño del doctor Alberto Muñoz Vernaza.

En todos los planos de su múltiple actividad, Espejo fue un insurgente, un rebelde, un hombre inconforme con las realidades de su medio y de su tiempo, ansioso de transformarlas, en bien de sus contemporáneos y de sus sucesores.

Por esto, los que entonces llevaban el timón de la sociedad, hicieron contra él la conspiración del silencio, en cuyo seno hervía la sorda malquerencia y el rencor de la vanidad ensimismada, que no perdona la superioridad, reconocida, a su pesar, en el fondo de la conciencia.

Se le temió y, por eso se le odió. Pero raras veces el odio salió a morderle de frente. Se agazapaba, se escondía entre los pliegues de los ropajes eclesiásticos y de las levitas civiles. Tomaba formas refinadas y sutiles, como cuando el Presidente León y Pizarro trató de alejarlo, por la vía diplomática, nombrándole médico de la expedición de Requena al Marañón.

Fue desterrado a Bogotá por Villalengua, quien al enviarlo al Virrey de Santa Fe le escribió:

hierven ideas liberales, no solamente en la cabeza de Espejo, sino en las de muchos literatos y personas de gran influencia, por lo que le remito a Bogota, sin formularle causa alguna, pues temo que resulten complicados sujetos más principales y distinguidos.

Bendito destierro, que maduró en el mestizo egregio la voluntad de lucha por la emancipación política de su patria y de América; que le dio

ocasión de robustecerla en el trato personal con Nariño y Zea y de infundir sus ideas de libertad en la mente de su amigo, el joven Marqués de Selva Alegre, que tomó en sus manos la bandera que agitó muy pronto en el cielo de Quito, el 10 de agosto de 1809.

Como táctica de lucha, Espejo aprendió el arte de ocultarse, de tratar que los demás no se aperciban de él y lo subestimen. Lo dice él mismo:

Se ocultó lo más que pudo y así ha conseguido el arte de esconderse, de tal suerte que ha logrado ventajosamente que se piense muy mal de sus alcances, conocimientos y literatura.

Casi todos sus escritos circularon anónimos o con seudónimos en que se traslucía un fino matiz de ironía. *El Nuevo Luciano de Quito*, su obra de más aliento, estuvo firmada por el Doctor Xavier de Cía Apéstegui y Perochena, Procurador y abogado de causas desesperadas. Y no llegó a publicarse por la imprenta sino más de un siglo después de escrita, gracias al historiador González Suárez, esa gran figura del Ecuador contemporáneo.

La altivez y el amor a la verdad fueron rasgos salientes de su carácter. "Respeto a sus superiores —dice en su autorretrato— pero si se ofrece hablar con ellos les habla con modesto desembarazo aquello que no quieren ni gustan oír..."

Al reclamar su honorario por servicios profesionales afirma que es desinteresado:

pero cuando conjeturo y conozco que se hace punto de justicia desobligarse a su arbitrio y propia opinión de pagarme mi honorario, entonces es lo que demando y exijo con vigor y tenacidad, porque entonces quiero hacer conocer que me asiste justo derecho para pedirlo de esa manera.

Y es verdad que Espejo fue desinteresado. "Hace mejor el negocio de los otros que el suyo propio". Lo prueba el hecho de su muerte casi en la miseria a pesar de haber sido el médico más acreditado de su tiempo y con larga clientela.

Una de las más constantes y vivas preocupaciones de Espejo fue la de la difusión de la cultura y el mejoramiento de la enseñanza. Gran parte

del diálogo en que se desenvuelve su “*Nuevo Luciano*”, es una censura de los planes de estudio y de los métodos de enseñanza vigentes en los institutos dirigidos por los jesuitas. Y uno de los mejores artículos insertos en las *Primicias de la Cultura de Quito* está dedicado al mejoramiento de la educación primaria.

Quiso enseñar la sencillez contra el amaneramiento y la oscuridad reinantes en la literatura; el pensar por cuenta propia contra la repetición mecánica del pensamiento ajeno; la profundización de los estudios contra la superficialidad de ellos; el conocimiento de la verdad científica contra el prejuicio y el hábito tradicionales.

LA UNIVERSIDAD EN UN MUNDO DESEQUILIBRADO

Este nuevo año de estudios en nuestra Universidad se abre sobre una perspectiva sombría.

El mundo no encuentra todavía su plano de equilibrio después de la tremenda sacudida de la guerra, que en verdad no termina todavía, pues solamente ha entrado en una etapa de tregua en la que la lucha armada se ha sustituido con la llamada Guerra Fría, de toma de nuevas posiciones, de organizada propaganda hablada y escrita y de agria disputa diplomática de los bandos contrarios.

Mientras los hombres de buena voluntad agotan sus esfuerzos para que esta tregua angustiosa se torne en una paz firme y duradera entre las naciones, fuerzas negativas, muy poderosas ciertamente, se empeñan en romper la tregua y seguir la guerra, por mucho que la conciencia universal la repudie y la señale como un peligro de desaparición de los más preciados valores de la cultura universal y aún del hombre mismo, si se tienen en cuenta los apocalípticos medios de destrucción creados por la técnica.

La fe comprometida en los acuerdos internacionales se viola escandalosamente, aunque sin declarar, como antes, que son simples pedazos de papel. Los apetitos desenfrenados pugnan por sobreponerse a los dictados de la experiencia y de la razón, que aconsejan edificar una paz duradera sobre sólidos cimientos de justicia entre los hombres y entre los pueblos, abandonando las ambiciones de dominio universal que tan duras lecciones recibieron en las dos guerras mundiales.

No puede ser extraño este sombrío panorama que se divisa desde todos los puntos de la tierra para nuestra Casa de Estudios, y es por ello que lo pongo por delante al anunciaros que un nuevo periodo lectivo se inicia en ella.

No debe ser extraño, porque la Universidad, por su definición misma, tiene una misión universalista y humana, y porque a ninguna institución de cultura, a ningún pueblo ni a ningún hombre puede ahora serle indiferente la solución de los problemas del mundo. Nunca fue más real que en esta época la interdependencia de los pueblos todos de la tierra, empuñada por los avances de la técnica.

La Universidad, cuya misión esencial es la de fijar principios y direcciones ideales que permitan organizar la cultura superior al servicio de la sociedad, está obligada a auscultar los movimientos que se operan en el mundo, a tratar de descubrir sus hilos conductores, a explicarse sus causas y sus consecuencias posibles, a fin de encontrar esos principios y direcciones de la cultura para ponerlos al servicio de la sociedad en que actúa.

Tarea de suprema responsabilidad y de máxima delicadeza que no puede rehuir en manera alguna, pues que de sus aulas, de sus gabinetes, de sus seminarios ha de salir el análisis severo de los signos internos y externos de esta sociedad en ebullición que busca una nueva estructura.

La humanidad se halla en la encrucijada de dos rutas históricas y nunca necesitó más luz que ahora para elegir aquella que la lleve a la superación de su destino y a la conquista de su futuro de felicidad.

En el ámbito del derecho, la ineludible transformación social creará —está creando ya— nuevas fórmulas cuya captación, fijación y divulgación corresponde a la Universidad.

Porque hemos de convenir, superando la visión restricta y excluyente de las escuelas, en que el derecho no es, en último análisis, sino un sistema de equilibrio entre el despotismo y la anarquía, un instrumento preciso y delicado de limitación de la arbitrariedad del poder —que es fuerza— para lograr la convivencia armónica y feliz de los hombres. Y a cada época histórica corresponden nuevas fórmulas de ese equilibrio, roto temporalmente por la intensidad de la presión de los dos extremos antedichos.

El derecho que está elaborándose es el que fijará los principios con arreglo a los cuales ha de marchar el mundo después de esta crisis indi-

cadora de un cambio profundo y revolucionario en las instituciones sociales. El creará un nuevo sistema de contrapesos que restablezca el equilibrio perdido, organizando un orden jurídico que aleje de la convivencia humana los estragos de la Fuerza.

Por lo mismo que aspiramos a salir del imperio de la fuerza desatada sobre la tierra con caracteres terroríficos, el nuevo sistema jurídico ha de ser de tal naturaleza que garantice la sociedad de los hombres, bajo un signo opuesto a la fuerza, por ley de reacción.

Hacia ese nuevo orden jurídico se orientan los esfuerzos de los hombres de espíritu, en medio del estruendo y la amenaza de los apetitos de dominación que se resisten a la eliminación de la fuerza como medio de solución de los problemas humanos.

Encontrar las fórmulas más felices de equilibrio estable entre los estados, entre el Estado y el individuo y entre los individuos entre si es la mas compleja y delicada labor de los juristas y de los hombres de Estado. Y es también un deber imperioso de la Universidad.

Principalmente son las relaciones económicas las que imponen la necesidad de un nuevo derecho que sea en verdad un instrumento de armonía y no un grosero disfraz del dominio del fuerte sobre el débil.

"En un mundo industrial dominado por *trusts* y sociedades comerciales y financieras gigantescas, la realización del derecho presenta serias dificultades", dice Bodenheimer, y añade luego: "hay que darse cuenta de que la adquisición de un gran poder por un grupo particular, crea necesariamente dentro del orden social una posición de debilidad a otros grupos aunque el derecho reconozca la igualdad formal de tales grupos". De la posición débil de tales grupos —por ejemplo el de los trabajadores en un mundo dominado por los monopolios— puede resultar una situación de sujeción, y la relación de dominación y sujeción es ajena al derecho".

Es por esto que el nuevo derecho será —está siendo ya en algunos planos— eminentemente social, o sea encaminado a la defensa del hombre contra la fuerza dominadora de los poderes financieros y económicos, enemigos del derecho en su verdadero significado.

El reconocimiento y la eficaz garantía de los derechos sociales de los hombres —derecho a trabajar y a gozar del fruto de su trabajo, derecho a ser protegido contra la enfermedad y la vejez, derecho a la educación y a la cultura, etc etc.— es un fenómeno que va acentuándose en la orga-

nización del Estado contemporáneo y que tendrá que generalizarse en todos los países.

Tanto en el frente interno como en el frente internacional, el derecho, antídoto de la fuerza, será el mecanismo de la paz social y de la paz internacional. Abolir el poder de dominación de unas naciones sobre otras y de unos hombres sobre otros hombres, y reemplazarlo con el derecho y la justicia es el gran problema planteado desde hace siglos al mundo y que se aspira a resolver en el presente.

En el campo de la medicina, asistimos también a trascendentales avances en el conocimiento del hombre y de los medios de defensa de su salud.

La medicina social, el empleo conjunto y armónico de las posibilidades de la ciencia y de la técnica para crear ambientes sanos para los grupos humanos, para combatir victoriosamente las enfermedades sociales, el servicio garantizado por el Estado para la atención médica de todas las personas que la requieran, la multiplicación de dispensarios, sanatorios, casas de recuperación física, puestos de primeros auxilios, etc. está creando una nueva mentalidad médica, apostólica y de servicio, cada vez más distante del egoísmo profesional.

Se acentúa visiblemente la tónica humana y generosa de la ciencia médica, al servicio de todos los que de ella necesiten, cualquiera que sea su condición económica, y es la Universidad la que tiene que formar este tipo de médico, a tono con los progresos del derecho y de las nuevas concepciones del hombre y de su valor.

El dominio de la naturaleza por la acción del hombre alcanza cada vez mayores proporciones. Los grandes inventos y descubrimientos contemporáneos, una vez encauzados al servicio de la humanidad, exigirán un número creciente de hombres de ciencia y de técnicos que dirijan una verdadera batalla para dominar a las fuerzas naturales y ponerlas a trabajar para el bienestar del hombre. La máquina, ya no la opresora de éste, sino su sierva, multiplicará los productos necesarios para el bienestar de las gentes y creará nuevas y poderosas fuentes de energía constructiva.

Es en las escuelas técnicas de la Universidad donde han de formarse los científicos y los profesionales necesarios para acometer esta empresa de dominación del hombre sobre la naturaleza.

Mas, la Universidad ha de infundir en los profesionales y técnicos que ella forme y modele los principios humanos de la convivencia, que

les venen poner sus conocimientos al servicio de la destrucción, del despotismo y de la muerte.

El genuino espíritu universitario debe hacer imposible en el futuro la repetición de hechos tan monstruosamente inhumanos como el de utilizar la fuerza de la desintegración de la materia —que tan hermosas perspectivas ofrece al progreso humano— en un mecanismo destructor de tan formidable poder como la bomba atómica.

Es por esto que afirmé que la Universidad debe estar alerta al panorama del mundo para cumplir su misión orientadora. Si estrecha la línea de su horizonte espiritual y se encierra en un pequeño círculo de egoísmos lugareños, habrá renunciado a su alto destino. No importa que la nuestra actúe en un país pequeño y carezca de los aspectos materiales de la grandeza. Siempre es la misma su misión rectora, pues su poder no es material sino espiritual. La fuerza expansiva de las ideas no se mide por el tamaño de las casas de estudio ni por la extensión geográfica del país en que se hallen ubicadas. Su medida es otra: es el espíritu del hombre y su capacidad de pensamiento.

Y sea nuevamente la ocasión de lamentar un vacío, un hondo vacío, en nuestra Universidad: la falta de una Facultad de Filosofía y Letras, o de Humanidades como la llaman acertadamente en algunas universidades, o Facultad de la Cultura, como dijo Ortega y Gasset; que sirva algo así como de núcleo central a todas las demás, que esté llamada a infundir en los universitarios aquel espíritu universalista y humano a que antes hice referencia, en la que se pueda aprender la imagen física del mundo (la física), los temas fundamentales de la vida orgánica (la biología), el proceso histórico de la vida humana (la historia), la estructura y funcionamiento de la vida social (la sociología) y el plan del universo en sus líneas fundamentales (la filosofía).

Porque hay que insistir en que el cultivo aislado de una disciplina profesional y especializada, distante de las grandes direcciones del pensamiento unificador, encierra un tremendo peligro: el del médico, el del abogado, el del ingeniero, el del técnico cada vez más dueño de su técnica y de su especialidad, pero cada vez más inculto y más deshumanizado, sin ideales elevados, sin visión acertada del mundo.

Todos de consuno, catedráticos y alumnos, dirigentes y colaboradores de nuestra querida Universidad, esforcémonos por llenar este vacío. Venezámos con energía los graves obstáculos que existen ciertamente para

esta realización, y fundemos la Facultad de Humanidades, llamada a dar integridad y universalidad a esta Casa de Estudios.

Así podremos alcanzar el tipo de la Universidad diseñada por los educadores contemporáneos: aquella en que se fundan los estilos de varias de las universidades conocidas: la Humanista, la Profesional y la Investigadora.

Octubre 17 de 1948

EL PAPEL DE LA UNIVERSIDAD EN LA TRANSFORMACIÓN SOCIAL

Cada vez que el mandato del deber universitario me trae a esta elevada tribuna, pienso en la afirmación de Rodó de que hablar a la juventud es un género de oratoria sagrada.

He tenido por ello que recoger mi espíritu en una severa meditación sobre los motivos que, en esta solemne sesión que la Universidad consagra a los héroes de la Patria, debo señalar a la atención de la juventud universitaria, llamada a recoger el legado de las generaciones que pasaron y de las que vamos ya pasando, y realizar su destino histórico para el progreso de la Patria y el bien de la humanidad.

Y, luego de este recogimiento espiritual, esforzarme por elevar el tono de esta breve oración a la altura de las mentes y de los corazones juveniles, superando mi modesta voz de profesor universitario.

Os pido meditar hondamente en el papel de la Universidad y de la juventud universitaria en la lucha por el progreso social.

Todos los que consideran, angustiados, la situación trágica del mundo y siguen con ansiedad el penoso esfuerzo de los hombres para reconstruirlo, se preguntan que es lo que falta, fundamentalmente, para que esta tarea de la reconstrucción pueda ser ventajosamente cumplida.

Y la respuesta justa es, posiblemente, ésta: hacen falta en la mayor parte de los países, grupos selectos de hombres que puedan dirigirlos hacia el porvenir y en el porvenir.

En efecto las clases dirigentes de antes de la guerra han fracasado. Creyeron responder al anhelo de libertad del hombre con el cuadro del liberalismo económico y tuvieron que presenciar los abusos de un capi-

talismo egoísta y destructor de esa libertad. Creyeron responder al ansia de orden y de justicia para todos con la defensa obstinada de los pretendidos derechos de las clases privilegiadas que han obstado sistemáticamente la natural evolución del orden social hacia un reparto más equitativo de los bienes de la tierra. Creyeron responder a las aspiraciones de progreso haciendo de la ciencia y de la técnica instrumentos de poder, y vieron cómo la ciencia y la técnica se tornaron útiles para la siembra de la destrucción y de la muerte.

Ese fracaso está en la conciencia de todos los pueblos. Nos lo revela su vacilación actual para confiar a sus gobernantes la tarea de la reconstrucción post-bélica, por falta de confianza en los antiguos dirigentes, y su ansiosa búsqueda de hombres nuevos.

Y es la Universidad la que debe preparar estos hombres y la que debe formar las nuevas élites.

De allí la responsabilidad que pesa sobre la Universidad por no haber podido dar, en el pasado inmediato, hombres capaces de saber, de prever y de prevenir. De allí la necesidad de que la Universidad se transforme y que asuma la dura tarea de dirigir a la humanidad hacia un orden nuevo.

Y esta es, ciertamente, una dura tarea, llena de dificultades y cargada de incertidumbres, pues no se trata solamente de reconstruir lo que ha sido destruido materialmente, sino de evitar que lo que vamos a reconstruir esté condenado a ser nuevamente destruido, y tal vez para siempre. Se puede perfectamente investigar las causas y las responsabilidades de la guerra. Pero si se va al fondo de las cosas, es preciso reconocer que la guerra no es sino la exterior y trágica manifestación de la imposibilidad en que se encuentra la humanidad de continuar viviendo en condiciones materiales ya superadas.

Esta superación está determinada por el progreso de la ciencia y de la técnica, progreso que han puesto a disposición de la humanidad una cantidad siempre creciente de bienes, que solamente ciertas clases sociales están en condiciones de utilizar.

Pero este fenómeno solamente se esboza en la actualidad. El progreso de la ciencia y de la técnica continuará desarrollándose cada vez más rápidamente, y con mayores consecuencias en todos los órdenes de la vida.

Nuestra estructura social, que no ha podido resistir a la prueba de las conquistas técnicas de esta primera mitad de nuestro siglo, está a punto

de estallar; y mucho menos podrá resistir al choque de las nuevas conquistas de la técnica que caracterizarán sin duda a los años que vienen.

La actual división de los hombres en clases sociales está destinada a desaparecer. Será violentamente suprimida por una revolución sangrienta y sin parecido en la historia, si no sabemos ahora evitarla creando un orden nuevo en el cual todos los hombres, sin distinción de clase, tengan iguales oportunidades de gozar de los bienes que el progreso de la ciencia y de la técnica han puesto y pondrán a nuestra disposición, en forma creciente.

Crear este nuevo orden, de manera que responda al progreso técnico haciendo que este progreso no se torne, como en el pasado, en instrumento de opresión de un pequeño número de privilegiados sobre la gran masa de hombres sin defensa; reconocer a todos los hombres el derecho a una porción equitativa de bienes terrenales y la posibilidad de su contribución al progreso común para gozarlo en armonía: he aquí la grande, la noble, la difícil tarea de mañana, que ya no admite dilaciones.

Y he aquí, al mismo tiempo, la nueva fisonomía de la Universidad a tono con estos tiempos y los inmediatamente próximos.

Ella debe ser, en efecto, la primera en realizar la abolición de clases recibiendo en su seno a todos los jóvenes dotados de inteligencia y de buena voluntad, cualesquiera que sean las condiciones económicas y sociales de su familia y por limitados que sean los recursos de que dispongan.

Esta proposición se ha convertido ya en un lugar común. La encontramos en los programas de todos los partidos políticos de todos los países. Pero realizarla en su plenitud costará todavía muy duros combates. Porque no se trata solamente de abrir de par en par las puertas de la Universidad; se trata de escoger a aquellos que están llamados a penetrar en ella, y de escogerlos de manera amplísima, en un medio social muy vasto, con el fin de ofrecer las posibilidades de la más elevada cultura a todos aquellos que están dotados para conquistarla.

Y este resultado solamente podrá obtenerse mediante un viraje radical de la actual situación de las universidades, que solamente el Estado puede realizar, entregando a éstas los cuantiosos recursos necesarios que la sociedad debe aportar en su propio interés de formar sus grupos dirigentes.

Más, no es solamente en cuanto a la selección de estudiantes que la Universidad debe renovarse para hacer frente a los requerimientos de esta época de grandes transformaciones históricas. También debe renovar su estructura interna, pues ha olvidado en gran parte su rol de mode-

ladora de espíritus y de creadora del sentido de responsabilidad de la inteligencia frente a los sucesos históricos.

La Universidad ha formado sabios, les ha entregado los secretos de la técnica y les ha abierto los caminos misteriosos de la ciencia, pero ha olvidado hacerles fijar su atención en el bien y en el mal que la ciencia y la técnica están en posibilidad de hacer a los hombres y de decirles que de ese bien y de ese mal, los sabios, son en cierto modo responsables. Ha olvidado hacerles comprender que ellos no tienen el derecho de menospreciar en sus estudios la vida de la humanidad, y que están obligados a saber que sus esfuerzos serán justificados y nobles solamente cuando estén dirigidos al bienestar de la humanidad entera.

Debe ponerse un límite a la especialización excesiva, y preocuparse no solamente de hacer sabios y técnicos, sino hombres en el más grande, el más comprensivo, el más humano sentido de la palabra; hombres que no busquen sino la verdad y que sepan que no puede encontrársela más que en la libertad.

Es preciso robustecer en las Universidades el culto de la verdad y de la libertad; que en ellas la verdad sea honrada y proclamada aunque ello disguste a los poderosos de la tierra; que en ellas la libertad tenga su asiento y que a nadie sea negada, excepto a aquellos que quieran valerse de ella para asesinarla.

La Universidad devendrá, así en una comunidad en la que todos aquellos que la forman, maestros y discípulos, profesores y estudiantes, serán y se sentirán personalmente responsables de la manera como ella desempeña su misión social. Ellos serán y se sentirán miembros de una élite llamada a dirigir el mundo hacia mejores destinos y de evitarle nuevas y pavorosas catástrofes, a fin de que la ciencia y la técnica se pongan al servicio del hombre y le hagan la vida menos dura y más digna de ser vivida.

Poned, jóvenes universitarios cuencanos, vuestra mente clara y vuestro ardiente corazón al servicio de las más nobles causas; disparad vuestra voluntad, recta y buida como una flecha, hacia objetivos dignos de vuestro hermoso destino de superación y de progreso. Seréis de esa manera dignos sucesores de los próceres de nuestra emancipación política y podréis administrar, acrecentándolo, su legado histórico, y transmitirlo con brillo a las generaciones del porvenir.

Noviembre 5 de 1948

LA DEFINICIÓN DE LA UNIVERSIDAD

El primer Congreso de Universidades latinoamericanas, reunido en Guatemala en el pasado mes de septiembre, fijó el concepto de la Universidad latinoamericana como

“Una institución educacional de estudios superiores, destinada a realizar, dentro de un régimen de libertad y desde el punto de vista de la universalidad de los conocimientos humanos, la formación integral del hombre, la docencia y la investigación científica, el estudio de la realidad nacional y de los estados de conciencia colectiva, la formación del espíritu cívico, la contribución para implantar un régimen de paz fundado en el respeto de la dignidad humana, en los ideales de democracia y de justicia social, con capacidad para conferir grados académicos y títulos profesionales”.

Al examinar los antecedentes remotos y próximos para llegar a ésta, como definición de nuestras máximas Casas de Estudios, que más que nuestra realidad presente enfoca su desenvolvimiento futuro, fue preciso analizar los objetivos y los fines de las universidades de tipos diferentes que coexisten en el mundo actual, principalmente de las universidades europeas, de las norteamericanas y de las de los países de origen español.

Se descubre en este análisis que, además de la transmisión de la cultura, de la investigación científica y de la formación profesional, que son los tres fines clásicos de las universidades europeas, en las latinoamerica-

nas se acusa visiblemente una nueva finalidad trascendente, originada en las especiales condiciones de formación y consolidación de nuestras jóvenes nacionalidades, que consiste en integrarse en el ambiente nacional, por medio de la investigación de sus realidades y de sus problemas, a fin de contribuir al conocimiento cabal de los soportes físicos, étnicos y espirituales de tales nacionalidades y a la solución de sus complejos problemas vitales.

Mientras en los medios europeos predomina el concepto de Universidad formadora de las élites dirigentes, como sostuvo George Scelle en la reciente Conferencia Preparatoria de Representantes de Universidades de Utrech, en el medio latinoamericano es bien generalizada la tendencia de la Universidad a extender su acción educativa a capas cada vez más amplias de la sociedad, mediante la llamada "extensión universitaria", o sea la divulgación de la cultura superior en forma asequible a las mentalidades adultas desprovistas de educación sistemática.

Estas modalidades características de las universidades de Latinoamérica están incorporadas a la definición de Guatemala, cuyo breve análisis intentaré en esta noche, propicia a ello, por el significado de este acto inicial del nuevo periodo lectivo de nuestra Universidad cuencana.

En primer término, se habla de una institución educacional, es decir de una organización estable destinada a la formación del hombre, a su educación, a su conducción en todos los aspectos o facetas de su personalidad moral, intelectual y artística.

Para la formación integral del hombre es indispensable que la Universidad viva en un régimen de libertad, sin la cual se correría el riesgo de deformar la personalidad humana.

En tres planos debe manifestarse la libertad necesaria para el cumplimiento de esta misión fundamental de la Universidad: libertad de organización y funcionamiento, o sea autonomía institucional; libertad de cátedra, o sea autonomía en la comunicación y enriquecimiento de la cultura, sin limitaciones ni vallas convencionales; y libertad del profesor, o sea autonomía y seguridad en sus tareas docentes y de investigación, condicionadas únicamente al cumplimiento fiel de sus deberes académicos, sin consideración a sus ideas u opiniones políticas o a su posición frente al Gobierno o al Estado.

La formación integral de la personalidad humana, en un régimen de libertad, ha de hacer la Universidad, según la definición que estoy analizando, desde el punto de vista de la universalidad de los conocimientos humanos.

Esto significa excluir de la educación universitaria, por una parte, todos los prejuicios raciales, nacionalistas, sectarios, que limitan o deforman el conocimiento y lo convierten en instrumento de propaganda o de dominio de una causa determinada; y por otra, toda especialización que no descansa en sólida base de conocimientos integrales del hombre y del mundo, únicos que pueden formar verdaderamente la personalidad de los jóvenes estudiantes. Quedan, de esta manera, fuera del concepto de Universidad todos aquellos institutos que limitan su acción a determinados aspectos parciales del saber o de la cultura superior, como las llamadas Universidades técnicas.

La Universidad ha de ser lo que su propia denominación significa — universitas — o no ha de ser Universidad, sino una agencia cualquiera al servicio de intereses restringidos o parciales, que muchas ocasiones pueden ser respetables, pero que carecen de derecho para valerse de la enseñanza superior para la consecución de sus propósitos, a costa de la personalidad de los que en ella se forman.

Junto a la transmisión del saber acumulado por la humanidad, o sea a la cultura superior, y justamente para enriquecerla y perfeccionarla, la Universidad necesita realizar investigación científica.

Es al tratarse de este objetivo que las universidades latinoamericanas, por punto general, acusan una grave falla en su estructura. En tanto que en las universidades europeas y norteamericanas la investigación científica constituye una de sus actividades centrales, las de la América latina no han marcado el acento en este hacer fundamental, sin el cual no puede existir una verdadera universidad.

De preferencia, la Universidad debe hacer investigación científica pura o de tipo desinteresado, con miras al progreso de las ciencias y al bien de los hombres, lo cual no obsta para que, excepcionalmente, invada el campo de la investigación aplicada, principalmente en los aspectos de la formación profesional.

El estudio de la realidad nacional complementa la definición de la Universidad latinoamericana, como una de sus características propias y diferenciales.

Naciones jóvenes, en pleno crecimiento, las americanas de origen español, dueñas de varias culturas precolombinas que sobreviven y se mezclan a la cultura occidental traída por la Conquista y la Colonia, necesitan conocer, y conocer profundamente, científicamente, las bases fundamentales de sus nacionalidades: la base física, telúrica, y el cimiento humano, vale decir la tierra y el hombre, en su interacción recíproca.

En este aspecto, nuestras universidades —y hablo ahora de las universidades ecuatorianas, principalmente— tienen por delante una tarea vastísima. En nuestros países, y en el nuestro quizás en mayor escala, todo está por conocerse, o casi todo: suelo, subsuelo, atmósfera, montañas, ríos, selvas. No conocemos debidamente nuestra propia historia, nuestro derecho, nuestra medicina, nuestra cultura, en suma.

Al señalar el Congreso de Guatemala como misión de la Universidad el estudio de los estados de conciencia colectiva y la contribución para formar el espíritu cívico y establecer un régimen de paz fundado en el respeto de la dignidad humana y en los ideales de democracia y de justicia social, penetra en un campo lleno de equívocos y de prejuicios, con todo valor y con toda verdad.

Porque a la altura en que nos encontramos en materia de agitaciones sociales y disputas políticas, no es ya posible mantener a la Universidad como una aislada torre de marfil a la que no lleguen los ecos de las disputas de los hombres.

La Universidad —lo queramos o no lo queramos— vive en medio de un mundo que se caracteriza por una aguda crisis ideológica y política de proporciones universales, y por la búsqueda ansiosa de soluciones durables para la regencia de la vida social y política de los pueblos en el futuro próximo. Por tanto, no puede cerrar sus ojos y tapar sus oídos y silenciar su voz y atar sus manos en presencia de la dramática lucha de los hombres, de los pueblos, de las clases y de las razas en pos de su mejoramiento. Con elevación y altura, debe cumplir una misión frente a esta crisis contemporánea. Y esta misión consiste en estudiar los hechos sociales y los estados de conciencia colectiva, descubrir la verdad en medio del agitarse de las pasiones, y orientar al hombre con la luz de la inteligencia, señalándole objetivos claros, que le lleven a la formación de una comunidad espiritual con los demás hombres, sin la cual es imposible su convivencia pacífica.

En la ponencia que sobre *La Universidad y la Paz* presenté en nombre de este Instituto al Congreso de Guatemala, juzgué necesario apuntar, a este respecto lo que sigue:

Si observamos con atención la vida internacional de nuestra época, podemos advertir dos fenómenos aparentemente contradictorios: de una parte la multiplicación y perfeccionamiento de medios científicos y técnicos de comunicación y contacto entre los hombres y los pueblos del globo, que prácticamente han unificado el mundo conocido; y de otra parte, la agudización de los tremendos antagonismos raciales, económicos, religiosos e ideológicos que estallaron en las dos últimas guerras mundiales y que mantienen aún al mundo en un clima de lucha enconada, que se ha llamado "fría", pero que en verdad está caldeada al rojo vivo de las pasiones de toda clase.

En este mundo, unificado por la técnica y diversificado por los antagonismos de raíz económica, solamente una fuerza espiritual, una gran fuerza moral e intelectual independiente de los poderes que se disputan el mundo; una fuerza que penetre en las mentes de todos los hombres y destruya en ellas los gérmenes de la discordia y de la guerra, podrá producir la unificación efectiva de los hombres y de los pueblos de todas las razas, de todas las religiones o credos, y establecer lo que podríamos llamar una comunidad de espíritus, sin la cual ninguna convivencia pacífica es posible.

Esta gran fuerza espiritual, unificadora y ecuménica, debe estar constituida por los institutos de educación superior, que tienen un rol de primer plano en esta empresa de crear esta sociedad espiritual sobre la que ha de asentarse la comunidad humana, solidaria de su destino histórico.

Mas, como la incomprensión y el antagonismo no es solamente entre los pueblos y naciones, sino también entre los hombres de un mismo pueblo, es indispensable indagar por las raíces de

esta pugna destructiva y tratar de eliminarlas. Y es entonces que nos damos cuenta de que es preciso revisar las bases de nuestra convivencia social, entre las cuales prosperan esas raíces malignas.

Por último, al final de la definición que voy examinando, consta la facultad de la Universidad para conferir grados académicos y títulos profesionales.

A muchos parecerá extraña esta como intencionada preterición de la finalidad profesional de los institutos de educación superior, que para un criterio desgraciadamente generalizado es su misión principal.

Y esta generalización peligrosa del criterio de la universidad profesional se debe, sin duda, al hecho de que, efectivamente, las Universidades latinoamericanas han dado en el pasado y siguen dando en el presente una importancia excesiva a la formación profesional en sus escuelas de especialización, descuidando sus verdaderos y esenciales objetivos culturales y científicos.

No han reparado en que el otorgamiento de un título que permite el ejercicio de una profesión de las llamadas "liberales", es la consecuencia de la formación de la personalidad, de la acumulación del saber y del adiestramiento en las técnicas de la investigación científica y de la aplicación de conocimientos, y no una finalidad distinta y esencial de la Universidad, en torno a la cual ha de moverse todo su mecanismo.

Bien podría una Universidad cualquiera cumplir todos los objetivos puntualizados en la definición que me ocupa y prescindir del otorgamiento de títulos profesionales. ¿Dejaría, por ello, de ser por esencia una Universidad? No, en manera alguna.

Lo que ocurriría en este caso sería que los que salen de sus aulas, de sus seminarios y de sus laboratorios, acumulando sólida cultura, realizando investigaciones científicas y familiarizándose con las técnicas de una especialidad a la que se sintieron llamados, estarían por ese mismo hecho en capacidad real y efectiva de servir a la comunidad en que actúan con la aplicación útil de su saber y de su técnica, aunque no lleven consigo una cartulina atestada de firmas y de sellos que lo pregone a las gentes.

Quiero decir con esto que la concesión de títulos profesionales no es una finalidad esencial de la Universidad, bien que sea una misión accidental o complementaria de las otras fundamentales que quedan señaladas; y que es errar muy grave considerarla y manejarla como máquina forjadora de profesionales.

Octubre 16 de 1949

LA HERENCIA DE LOS LIBERTADORES

Se halla ya incorporada a la mejor tradición de este Instituto la celebración de la fecha novembrina con un acto universitario que, interpretándolo en su más claro significado, mantenga a las actuales generaciones cuencanas en trance de realización de su propio destino, ligado indisolublemente a la obra de las generaciones pasadas y transmisible, a su vez, a la de las venideras, en el proceso indetenible de la historia.

Por quinta vez, me corresponde el honor de pronunciar las palabras iniciales de este acto, cuya trascendente valoración reside no en ellas, sino en la conciencia alerta de este ilustrado auditorio y, de modo especialísimo, en la de la juventud estudiosa, llamada a captar el mensaje que le trasmite, a la distancia de un siglo largo, la generación de 1820, y a cumplirlo inexorablemente para el progreso de la patria chica, de la "suave patria" del poeta, y de la patria grande, que se van haciendo con el esfuerzo superpuesto de las sucesivas generaciones.

Solamente así tiene sentido la historia, y sus episodios se iluminan con una clara luz que los transforma en faros guiadores de la conducta de los hombres, en su áspero camino de perfección, nunca alcanzada.

En su vehemencia por cosechar el fruto maduro de su siembra, Bolívar, encarnación la más egregia de los libertadores del siglo XIX, pensó, en horas de trágica soledad, que la independencia política fue un bien logrado a costa de todos los demás y que su obra equivalía a haber arado en el mar.

Ahora podemos ver que no fue así. Que la independencia política fue un hecho necesario para los pueblos de origen español en su proceso de crecimiento, y que fue un gran bien, no logrado a costa de los demás, sino

sobre el cual los americanos vamos edificando los demás bienes que, sin él, no serían posibles. Y que la espada de Bolívar trazó sobre la tierra americana surcos profundos en los que hemos enterrado semillas fecundas que ya han dado fruto y seguirán dando otros en el porvenir.

Lo que ocurre es que el torrente de la historia no se agota, sino que sigue fluyendo incesantemente, aunque con ritmo desigual y caudal vario. Después de la independencia política, una nueva tarea se ofreció, ardua y compleja, a los mismos libertadores y a sus herederos: construir las patrias, dar forma a las nacionalidades recién salidas del crisol hirviente de la lucha.

Las diversas patrias americanas —que Bolívar soñó unificadas en una confederación continental— no han seguido una línea uniforme en su desarrollo. Diversos factores geográficos, económicos y de otro orden han roto el ritmo constructor, de modo que, junto a nacionalidades ya definitivamente formadas y coherentes, hay otras que necesitan todavía marcar sus líneas fundamentales y adquirir fisonomía neta y precisa.

Creo que entre estas últimas se halla la nuestra. Y que corresponde precisamente a la nueva generación ecuatoriana realizar la obra de perfilar, diremos así, nuestra nacionalidad.

No es, en manera alguna, sencilla la tarea. Y quienes deben acometerla habrán de encontrar recios obstáculos que vencer, duras cadenas que romper, hondos surcos que abrir. Mas, tienen que hacerlo, buscando aliento y fuerza en el mensaje de las anteriores generaciones y, singularmente, en la generación de la independencia.

Para consolidar la nacionalidad y redondear la patria, es preciso redimir al indio, conjugar armoniosamente la tierra y el hombre, inventariar nuestra riqueza potencial, edificar una economía sólida que sea el sostén de nuestra autonomía y de nuestra libertad efectivas, exaltar nuestra cultura y divulgarla, erradicar los prejuicios localistas negativos creando un sentido unitario de patria indivisible, utilizar las divergencias geográficas en armoniosa síntesis complementaria e integradora de la base telúrica de la nación. Todo ello, dentro de una concepción más generosa y menos excluyente de la comunidad internacional y de la convivencia entre naciones que promete el mundo actual.

Ved, jóvenes estudiantes cuencanos, qué vasta y qué profunda es la tarea en que ha de emplear todos sus esfuerzos la generación de la que formáis parte. Digna de entregaros a ella con todas las potencias de vues-

tro ser, y con la intrepidez indispensable para toda obra perdurable.

Preparaos para esa recia y hermosa labor, cuya ejecución corresponde a toda la juventud ecuatoriana, pero cuya dirección os tocará a vosotros, los universitarios, vanguardia selecta de la patria, inteligencia guiadora del pueblo, alta y tremenda responsabilidad de la historia por hacerse.

Y no creáis, jóvenes estudiantes, que necesitáis, para acometerla, adoptar posturas heroicas, en el sentido que damos al heroísmo en la frondosa literatura de nuestros pueblos. No. Hay un heroísmo del estudio constante, de la busca apasionada de la verdad, de la investigación incansable de la ciencia. El heroísmo de la superación diaria de nuestras flaquezas, del enriquecimiento de nuestro espíritu, de la forja acerada de nuestra voluntad. El heroísmo del cumplimiento cotidiano del deber como estudiantes, como ciudadanos, como hombres. Es este heroísmo sin heraldos y sin epopeyas sonoras el que necesitáis cultivar y realizar para ser dignos de la empresa que os señala el destino, y que os la entregan, en su mensaje preñado de incitaciones y de esperanzas, los hombres de 1820, a cuyo recuerdo nos hemos congregado esta noche. Recogedlo y cumplidlo, que es el mandato de la patria.

Noviembre 5 de 1949

LA TRADICIÓN CULTURAL DE NUESTRA UNIVERSIDAD Y LAS TAREAS DE MAESTROS Y ALUMNOS

La iniciación de este año lectivo en nuestra Universidad coincide con el octogésimo cuarto aniversario de su fundación legal. El Decreto Legislativo que la estableció, anexa al Colegio Nacional de San Luis, fue expedido el día 15 de octubre de 1867, por gestión feliz de eminentes cuencanos, como el Dr. Luis Cordero —uno de sus más ilustres Rectores posteriormente— y el inteligente parlamentario Dr. Joaquín Fernández de Córdova. Lo sancionó el Presidente D. Jerónimo Carrión.

La corporación Universitaria del Azuay se inauguró solemnemente el 1 de enero de 1868, bajo la sabia y elevada regencia del Dr. Benigno Malo, quien pronunció entonces un medular discurso en que trazó con singular maestría y clara visión la ruta de nuestra Universidad, sin olvidar, en una como feliz anticipación del porvenir, la extensión de los conocimientos a las clases populares, la vinculación del laboratorio y del taller, que sigue siendo todavía una aspiración en nuestros mismos días.

Tiene, pues, nuestra Casa de Estudios una honrosa tradición en su relativamente corta existencia, y es deber de las generaciones actuales conservarla y enriquecerla. A ella me acojo en esta fecha grata a la cultura de nuestra ciudad para declarar inaugurado un nuevo año lectivo, es decir, un periodo académico para dar y recibir lecciones, para dar y recibir enseñanzas, para enriquecer el espíritu de maestros y alumnos con el trato diario de ideas, de principios, de doctrinas, de experiencias,

de conocimientos, en "ayuntamiento de maestros e de escolares fecho con voluntad e entendimiento de aprender los saberes", como quería Alfonso el Sabio en sus *Siete Partidas*.

La vida de la Universidad, formada de maestros y alumnos, tiene su centro en éstos, en los estudiantes, y estudiantes son, por esencia, los que estudian, los que se consagran a luchar contra la ignorancia, los que tienen voluntad de despejar la tiniebla y buscar la luz del conocimiento, los que saben que no saben y que necesitan saber y en ello ponen fervor y entusiasmo juveniles. Porque es verdad lo que afirmó en reciente ocasión un alto dirigente universitario de nuestra América: "todos somos unos grandes ignorantes, pero los más ignorantes de todos son los que ignoran su ignorancia".

Estudiar es, por tanto, la tarea fundamental del alumno universitario. Estudiar para su información cabal en uno o varios sectores del conocimiento y para su formación personal, para coronamiento de su educación, para modelamiento de su espíritu. El orientador, el guía, el consejero en el estudio es el maestro, el catedrático, que entrega sus conocimientos y sus experiencias al alumno para que este, por sí mismo, vaya penetrando día a día en el vasto campo de la ciencia.

La actitud del estudiante no puede ser, por lo mismo, meramente pasiva, de receptor de conocimientos elaborados y transmitidos por el profesor en unas cuantas horas de clase magistral. El mismo ha de esforzarse por encontrar la verdad, hurgándola día a día, poniendo en juego sus propias capacidades de información y de análisis, consultando textos, confrontando hechos, sometiéndolos a la más severa crítica, para incorporarlos, así depurados, a su haber cultural. No satisfacerse con la apariencia y la superficie de las cosas, sino penetrar en su hondura, en su entraña luminosa y palpitante. No se llega al dominio de una rama cualquiera del conocimiento regateando esfuerzos, sino entregándonos a su búsqueda con plenitud de espíritu, con voluntad de saber, con renuncia heroica a muchas incitaciones de la vida en torno.

Sé bien que en muchos casos los imperativos de la vida no permiten al estudiante una dedicación total a los estudios que ha elegido; pero sé también que una adecuada distribución del tiempo, cuando existe firme voluntad de superación, compensa las horas restadas al estudio para la conquista del pan de cada día.

En todo caso, pienso que es preciso consagrar a las tareas universita-

rias mayor extensión de tiempo y mas aguzada atención que las que, por lo general, les consagramos por ahora. Y no es que mis palabras lleven una intención de censura, sino un sano afán de propiciar una nueva vida universitaria de ritmo diferente, a tono con las exigencias de nuestro tiempo, de vastas y profundas transformaciones. Maestros y alumnos estamos obligados al máximo esfuerzo en las tareas docentes y dicentes, que sólo de esta manera lograremos también el máximo provecho en bien de las generaciones a las que estará confiada en breve fecha la conducción de la sociedad y de la patria.

El magisterio en todos sus grados es una dación del espíritu en ofrenda a quienes necesitan formar el suyo; es apostolado laico con todos los dolores y con todas las satisfacciones que toda consagración al servicio de los demás lleva consigo. Estudio constante, bondad, voluntad sin desmayos, simpatía humana, abnegación, requiere el maestro para cumplir su misión de orientar, de guiar, de señalar caminos, con la palabra, con la acción, con la conducta, en trato diario con almas juveniles no siempre dóciles a las sugerencias del estudio y del trabajo.

Y en este punto, séame permitido, de paso, rozar el tema de las relaciones entre catedráticos y estudiantes. Unos y otros vinculados por un ideal elevado de cultura superior, factores ambos complementarios de una obra común, necesitan una armónica convivencia, una comprensión plena que se refleje en mutua consideración y simpatía, dentro de sus derechos y de sus deberes específicos. La hostilidad y la lucha entre ellos no tiene sentido y representa una desviación lamentable del espíritu universitario.

Recientes y penosas experiencias sirvan para enmienda de la conducta y atemperamiento de exaltadas pasiones, nada constructivas. Que en profesores y alumnos se acuse cada vez más nítido el sentido de honda responsabilidad que implica su misión de enseñar y su misión de aprender, que rebasa la simple convivencia personal para reflejarse en el porvenir de nuestra sociedad y de nuestra patria.

Solamente así habremos contribuido a que la antorcha simbólica del saber que se trasmiten unas generaciones a otras muestre la llama poderosa que ilumina y vivifica, y no la moribunda candela que se apaga al leve soplo del viento.

No podemos ignorar que el mundo todo, y nuestra patria en él, vive horas de aguda crisis de todos los valores tradicionales, precursora sin

duda de profundo cambio de estructura. Por ello es más imperativo duplicar el esfuerzo, tratando de avizorar el futuro con las luces del estudio, ya que únicamente la acerada voluntad de superación del presente y de conquista de un porvenir mejor ha de salvar a los pueblos y a los hombres en esta peligrosa encrucijada de la historia.

Y el estudio universitario ha de hacerse sin sectarismos y sin prejuicios limitadores, sometiendo todos los hechos, todas las doctrinas, todas las teorías y todas las experiencias al más riguroso análisis, sin renuncia de las propias convicciones, antes bien para afianzarlas, o rectificarlas, en consonancia con el resultado de ese análisis. La tolerancia, flor de cultura, es el ambiente propio de esta Casa de Estudios, donde el más escrupuloso respeto de la conciencia ajena es la norma inquebrantable de quienes la dirigimos. Lo saben muy bien profesores y alumnos que, procedentes de campos ideológicos diversos, encuentran aquí un hogar abierto y cordial para sus inquietudes espirituales.

En el proceso de renovación de nuestra Universidad, se han logrado sin duda hasta hoy no pocos adelantos debidos a la colaboración de todos los elementos que en ella trabajan. Más, queda tanto por hacer todavía. Establecer nuevas facultades y escuelas que ofrezcan a nuestras juventudes variedad de campos en que emplear sus talentos. Principalmente la Facultad de Filosofía y Letras, eje de toda Universidad verdaderamente tal, donde se cultivan las disciplinas humanas desinteresadas y puras, que dan cultura y no técnica; donde el estudio de la filosofía afine la inteligencia y enseñe a manejar las ideas generales que son las únicas que pueden darnos una visión justa del mundo y del hombre; donde la lógica nos encarrile por las vías del pensar ordenado y metódico; donde el cultivo de las lenguas antiguas y modernas, inclusive la nuestra, dé destreza y agilidad al instrumento máximo de expresión que es el lenguaje hablado y escrito; donde la historia nos aleccione en la marcha accidentada, trágica en ocasiones, de la humanidad en busca de sus destinos. Y luego, crear y perfeccionar gabinetes y laboratorios, bibliotecas y seminarios, institutos y campos de experimentación; levantar nuevos edificios coordinados entre sí y diseñados especialmente para constituir ambientes propicios a la meditación y al estudio, alejados del centro de la ciudad y de su bullicio; dar vida a instituciones de bienestar estudiantil que ayuden a los jóvenes alumnos a resolver los múltiples problemas de su vida universitaria, de su salud y

de su economía; extender a las clases populares los bienes de la instrucción universitaria, adecuándola a sus necesidades y capacidades... En fin, todo un vasto plan de renovación y progreso en el que han de emplearse las energías de varias generaciones que permanezcan fieles al espíritu de nuestra Alma - Mater.

Octubre 15 de 1950

LA PATRIA CHICA Y LA PATRIA GRANDE

El entrañable amor a la tierra nativa, a la patria chica, a la parcela de tierra con horizonte cercano y familiar, donde los antepasados dejaron la cal de sus huesos y la memoria de sus hechos, es condición necesaria para amar, comprender y servir a la patria grande, conjunción armónica de pequeñas patrias integradas en una superior unidad histórica, jurídica y psicológica.

Los habitantes de esta ciudad indo-española, asentada sobre las ruinas de la magnífica Tomebamba de los Incas, hemos cultivado aquel sentimiento local, familiar, comarcano, en grado superlativo. Para ello han sido propicios nuestro aislamiento secular, nuestra geografía dominada y cercada por las altas murallas graníticas de los Andes, nuestro paisaje suave y acariciante. Y nuestra doble herencia, cañari y española, ambas celosas de los fueros locales y bravas defensoras de su autonomía.

Mas este nobilísimo sentimiento de amorosa exaltación de lo peculiar y propio, no puede ser llevado hasta el extremo de aislar los sucesos históricos que hoy conmemoramos y que tuvieron por escenario la pequeña ciudad que fue Cuenca hace ciento treinta y cuatro años, del conjunto de hechos que constituyen la trama de la historia de la independencia política de las colonias españolas de América.

El hilo sutil de las leyes de la historia engarza los acontecimientos y los encadena en forma tal que los unos no pueden explicarse sin los otros.

La insurrección de los pueblos americanos en busca de una fórmula de gobierno autónomo, que tuvo sus primeros brotes en las postrimerías del siglo XVIII llenó el primer cuarto del siglo XIX con sucesos de trascendencia universal, y con nombres ya definitivamente instalados en los

dominios de la historia, como el de Bolívar, el Libertador.

La Presidencia de Quito, nuestra actual República del Ecuador, desempeñó en aquellos sucesos un honroso papel de vanguardia. El 10 de agosto de 1809 se expresó elocuentemente el pueblo de Quito a favor de los ideales que habían alentado en la clara cabeza y en el ardiente corazón del Precursor Espejo, el mestizo genial que consagró su vida, y la sacrificó finalmente, a la prédica incansable del derecho a gobernarnos por nosotros mismos.

El despotismo peninsular, fiel a la ley de todos los despotismos, pensó que había matado la Revolución ahogándola en la sangre de los mejores hombres de la naciente patria, inmolados brutalmente el 2 de agosto de 1810. Las más altivas y vigorosas cabezas de la Revolución cayeron segadas entre los oscuros pasillos y las arquerías siniestras del Cuartel Real de Lima, y con ello en verdad se debilitó gravemente y se retrasó el movimiento emancipador de Quito, ya difundido en las demás ciudades de la Presidencia.

Fue necesario que, pasados dos lustros de tanteos y fracasos, un nuevo impulso libertario arrancase de la tierra baja, de la orilla del mar, y ascendiese por la cordillera, ya en conexión con los libertadores del Norte y del Sur, para culminar en Pichincha, la montaña mágica de nuestra independencia política.

Brote de este nuevo impulso guayaquileño fue el 3 de Noviembre en Cuenca, día en que la insurgencia latente, se abrió cauce y se expresó con la voz convincente de los fusiles y de los cañones y con el clamor de la multitud en las calles y plazas, conducida por hombres de toga, por hombres de espada y por hombres de sotana, fundidos por el fuego del amor a la patria naciente.

Es así como los tres movimientos culminantes de la lucha por la independencia en la Presidencia de Quito, el del 10 de Agosto, el del 9 de Octubre y el del 3 de Noviembre, se enlazan entre sí y juntos generan el 24 de Mayo, en una como síntesis de los anhelos de libertad de las varias zonas de la patria, de este modo integrada en su totalidad y colocada en la ruta de su destino.

Y bien. Peleando bravamente por un ideal, nuestros abuelos, con su sangre y con sus huesos, crearon una patria. Por esto les hemos colocado en los altares de la veneración cívica y mantenemos vivo el sacro fuego de su recuerdo.

Pero la obra iniciada por ellos no termina nunca. La independencia política fue un medio, no un fin. Un medio para elevar la condición del hombre, para arrancarlo de la abyección, de la servidumbre, del dolor, de la miseria, de la ignorancia, del vicio.

Casi toda la tarea, la inmensa tarea, está todavía por hacerse. Más de un siglo de vida autónoma, de tanteos, de caídas, de errores, de incomprendiones, de retrocesos, de angustia y de dolor, pero también de avances, de aciertos, de pasión creadora, de dura forja de la nacionalidad, es todavía el comienzo de la marcha por los largos caminos de la historia.

Amor y odio; violencia y derecho; grandeza y miseria; razón y pasión; virtud y vicio; belleza y fealdad son los ingredientes de nuestra historia, como los de toda la historia universal.

Pero hay una constante que marca su huella a lo largo de la vida nacional: esa constante es la pasión por la libertad y la pasión por la justicia. Metas lejanas del hombre ecuatoriano, pero metas claras y luminosas, la libertad y la justicia guían sus pasos. Realizarlas en la medida relativa en que es posible hacerlo, es el quehacer fundamental de las generaciones que se suceden a lo largo del tiempo.

Cada una de ellas ha de traducir en programas de acción inmediata y concreta estas direcciones ideales, constantes de la nacionalidad ecuatoriana, y ha de luchar por ellas con el mismo ardor, con el mismo tesón, con la misma voluntad de sacrificio con que luchó la generación de la independencia.

Redimir al indio, edificar una economía sólida, desterrar la miseria, extender la educación a todos los ecuatorianos, difundir la cultura, encontrar una fórmula justiciera en la distribución equitativa de los bienes, sanear las zonas insalubres del país, perfeccionar las normas de la convivencia social para una colaboración pacífica de los ecuatorianos en las tareas comunes, elevar la dignidad del hombre mediante el juego armonioso de la libertad y de la responsabilidad: he aquí los enunciados principales de un vasto programa para la acción de la actual y de varias sucesivas generaciones de la patria.

Y en el ámbito más reducido de la comarca azuaya, que se enfrenta a una profunda crisis en su desarrollo, la tarea de la actual generación es la de conformar una nueva estructura económica, que responda a las nuevas realidades que nos circundan, ante nuestra asombrada contemplación. Ya la nuestra no es la ciudad aislada, recoleta, replegada sobre

si misma, contemplativa y quieta, que nos legaron nuestros padres. Las vías de comunicación y los nuevos medios de transporte han roto su clausura casi conventual de cuatro siglos, y nos han puesto en contacto con el resto del país y con el mundo todo. Y es fuerza que nos adaptemos a las nuevas relaciones que nacen de esta transformación, si no queremos que la crisis se agrave y se prolongue.

Nuestra débil economía agraria, cerrada, artesanal y manufacturera muestra ya profundas y extensas fisuras que amenazan una grave ruptura. La manufactura y la exportación de sombreros de paja toquilla, que es la que hasta ahora ha dado el tono a la economía regional, parece ya destinada a su extinción más o menos próxima. Y aún no acertamos a sustituirla. Quizá pudo en momento oportuno ser encauzada y dirigida para bien general de los miles de hombres, mujeres y niños que intervienen en esta industria, mas la incomprensión, la codicia y el egoísmo de sus beneficiarios han acelerado su caída. Será ya difícil mantenerla. Y quizá su desaparición definitiva, una vez encontrado su reemplazo, constituya un bien para la economía azuaya. Porque una industria que se ha desarrollado sobre la explotación más extrema del trabajo humano de decenas de miles de obreros, principalmente mujeres y niños, carece de derecho para sobrevivir.

Cuenca tiene que despertarse de su sueño secular y, sin perder las características esenciales que le singularizan en el mapa de la nacionalidad ecuatoriana, trabajar reciamente para adaptarse al imperativo de los tiempos actuales.

Tal es la esquemática visión que tengo de esta hora de la patria chica, y la transmito a ustedes, especialmente, jóvenes universitarios, en este día destinado a recordar y enaltecer sus glorias, como mi mejor homenaje.

Noviembre 2 de 1954

LA UNIVERSIDAD Y LA PAZ

La más antigua tradición señala a las Universidades una misión universalista, humana, de comprensión de los problemas totales del hombre y de la sociedad.

Adaptándose a las cambiantes circunstancias del medio y del tiempo, puede afirmarse que las universidades, por punto general, han mantenido y acrecentado esta elevada tradición, que nunca como en nuestros días es más indispensable para la comprensión de los problemas de la vida internacional y de la vida social, cuya complejidad demanda una visión de altura, panorámica y amplia, capaz de orientar al joven en esta encrucijada histórica a la que asistimos con la sensación de que adviene una nueva era para la humanidad.

Si observamos con atención la vida internacional de nuestra época, podemos advertir dos fenómenos aparentemente contradictorios: de una parte la multiplicación y perfeccionamiento de medios científicos y técnicos de comunicación y contacto entre todas las naciones del globo, que prácticamente han unificado el mundo conocido; y de otra parte la agudización de los más tremendos antagonismos raciales, económicos, religiosos e ideológicos, que estallaron en las dos últimas guerras mundiales y que mantienen aun al mundo en un clima de lucha enconada, que se ha llamado "fría", pero que en verdad esta caldeada al rojo vivo de las pasiones de toda clase, reflejadas en las competencias ideológicas.

En este mundo unificado por la técnica y diversificado por los antagonismos de raíz económica, solamente una fuerza espiritual, una gran fuerza moral e intelectual independiente de los poderes que se disputan la hegemonía del mundo; una fuerza que penetre en las mentes de todos

los hombres y destruya en ella los gérmenes de la discordia y de la guerra, podría producir la unificación efectiva de los hombres y de los pueblos de todas las razas, de todas las religiones o credos, y establecer lo que podríamos llamar una comunidad de espíritus, sin la cual ninguna convivencia pacífica es posible.

Esta gran fuerza espiritual, unificadora y ecuménica, está constituida principalmente por los institutos de educación superior, que tienen un rol de primer plano en esta empresa de crear esa sociedad espiritual sobre la que ha de asentarse la comunidad humana solidaria de su destino, en esta nueva era histórica.

Más, como la incomprensión y el antagonismo no es solamente entre los pueblos y naciones, sino también entre los hombres de un mismo pueblo, es indispensable indagar por las raíces de esta pugna destructiva y tratar de eliminarlas. Y es entonces que nos damos cuenta de que es preciso revisar las bases de la convivencia social y política de los hombres entre los cuales crecen y prosperan esas raíces malignas. En suma, que es en la estructura misma de las sociedades donde hemos de buscar los gérmenes de la intranquilidad de la lucha y, en definitiva, de la guerra, que amenaza exterminar a la especie humana.

No podemos, por tanto, separar los problemas y considerarlos aisladamente los unos de los otros. Todo está en todo en el orden humano, y por lo mismo lo procedente es tratar de establecer las relaciones de los unos con los otros a fin de afrontarlos victoriosamente.

Así, este anhelo de crear un ambiente de comprensión y de tolerancia entre todos los hombres de todas las naciones, razas y credos religiosos y laicos, tiene necesariamente que asentarse sobre las bases firmes del conocimiento de los motivos por los cuales los hombres y las naciones luchan agriamente entre sí, y en el esfuerzo por eliminar, en el plano superior de las ideas y de los principios, el germen mismo de esa lucha, y sustituirlo por un conjunto de principios unificadores que penetren en la mente de los hombres y muevan su voluntad hacia la realización de esos principios en la vida individual y social. En suma, crear un nuevo ideal ecuménico que conquiste los espíritus y guíe a la humanidad en su camino de perfeccionamiento.

Los hombres de pensamiento creador que ventajosamente tiene la humanidad contemporánea nos han señalado ya, con mayor o menor precisión, estos nuevos ideales con virtualidad suficiente para promover

la paz entre los hombres. No es que ellos los hayan concebido por vez primera ni los hayan inventado, sino que los han encontrado latentes en lo más profundo de la conciencia humana desde remotas edades. Su obra creadora ha consistido en captarlos entre las sombras de la incomprensión, comunicarles el brillo de su luz intelectual y exhibirlos así iluminados a la faz de todos los hombres, como faros guías de su marcha en este mundo convulso hacia esa nueva era en la que los hombres contemporáneos penetramos entre pavoridos y esperanzados.

Difícil tarea, llena de complejidades, la de señalar con precisión, sencillez y claridad estos nuevos principios y la de sembrarlos como fuerzas germinativas poderosas en la mente y en el corazón de las gentes. Mas, por lo mismo, tarea urgente y de trascendencia ilimitada que las universidades tienen que tomar sobre sí para responder a su finalidad. Tarea hermosa, por otra parte, porque consiste en crear algo así como una nueva fe, un nuevo evangelio laico que agrupe a los hombres de todas las latitudes mentales y geográficas y establezca entre ellos y entre los pueblos que ellos forman la armonía espiritual indispensable para construir una paz perdurable en lo social y en lo internacional.

Artículos de esta nueva fe laica creemos que son: el respeto a la suprema dignidad de la persona humana, de su libertad espiritual y de su derecho a participar en proporciones de justicia en el patrimonio moral y material de la humanidad, mediante el ejercicio de sus facultades creadoras en el trabajo y en la elaboración de la cultura; la abolición de los privilegios basados en el poder de la fuerza o del dinero y de toda discriminación racial, ideológica o religiosa entre los hombres; la eliminación del dominio de unos pueblos sobre otros, proporcionando a todos las oportunidades de servirse de las riquezas que la naturaleza o el ingenio humano han puesto a su disposición; la elevación del nivel intelectual de todos los hombres mediante la educación ampliamente difundida, sin limitación de ninguna naturaleza; la utilización de los adelantos científicos y técnicos en el mayor incremento de la riqueza social y en la liberación del hombre y en su bienestar, no en su destrucción y, acaso, en su aniquilamiento definitivo. En síntesis, liberación material y liberación espiritual del hombre, y justicia en las relaciones sociales e internacionales.

Es por esto que afirmemos ya que el problema de promover un ambiente de comprensión, tolerancia y paz entre los hombres y los pueblos, en cuya solución las universidades tienen tan destacado rol, no

puede desligarse del gran problema social de reemplazar las bases carcomidas del edificio social que ya se derrumba, con otras nuevas y firmes sobre las que sea posible levantar la estructura airosa y perdurable de la sociedad de mañana.

En uno y otro tienen que trabajar las universidades, y singularmente las universidades del continente americano, que ha comprendido antes que los otros este destino unificador de la especie humana en una cultura intelectual y moral al servicio de todos.

Naturalmente que para cumplir esta importantísima misión las universidades y más Instituciones de educación superior deben ante todo planificar su acción.

Por esto creemos que las conclusiones que fluyen de la exposición anterior y que la Universidad de Cuenca las somete a la consideración del Congreso son las que siguen:

Primera: Las universidades deben organizarse en escala mundial y para hacer posible esta organización, las universidades de los países latinoamericanos necesitan unirse en la empresa común de contribuir a la revalorización de la cultura y a la creación de nuevos ideales que orienten al hombre americano en su ansia de progreso.

Segunda: La educación tiene que inspirarse en elevados ideales de comprensión internacional, de colaboración desinteresada entre los hombres de todos los pueblos, eliminando de los sistemas de enseñanza todo aquello que dificulte esa comprensión y tienda a mantener puntos de vista estrechos basados en un nacionalismo excluyente.

Tercera: Las universidades deben colaborar entre sí y con las organizaciones internacionales establecidas, como la UNESCO, para fomentar el intercambio de profesores, de alumnos y de publicaciones, así como la preparación especial de personal docente dedicado al estudio de los problemas internacionales. Al efecto serían recomendables las siguientes medidas:

- Trabajo en las Naciones Unidas y en sus organismos especializados por parte de profesores y alumnos de las universidades latinoamericanas a fin de que se compenetren con su espíritu y sus métodos de acción.

- Un sistema organizado de becas para post-graduados y para estudiantes universitarios de todas las universidades latinoamericanas, que permita a un número cada vez más creciente de éstos realizar investigaciones en otros países diversos del de su origen.

- Exigir a los aspirantes al ingreso en las universidades el conocimiento suficiente de, por lo menos, un idioma extranjero.

- Creación en las universidades de institutos o escuelas especiales destinadas a la investigación de los problemas sociales ligados a ellos.

Ponencia presentada en el Primer Congreso de Universidades Latinoamericanas de Guatemala. Septiembre 10 de 1949

JOSÉ PERALTA

La Universidad de Cuenca ha convocado esta noche a sus profesores y alumnos para conmemorar, en forma solemne, un acontecimiento digno de recordación pública: el nacimiento del señor doctor José Peralta, ocurrido hace un siglo, el 15 de mayo de 1855.

Varón egregio por la lucidez de su inteligencia y la reciedumbre de su voluntad puestas al servicio de su patria, el doctor Peralta forma filas entre los hombres de la más elevada estatura espiritual que ha producido esta privilegiada tierra azuaya, fecunda matriz de excepcionales ejemplares humanos, que la han enaltecido y la han enriquecido con sus vidas.

Niño y adolescente pobre y desvalido, desprovisto de las preeminencias de la familia o del dinero, pero generosamente dotado por la naturaleza con los dones de la inteligencia y de la voluntad, pronto dejó ver a sus contemporáneos los rasgos sobresalientes de su personalidad llamada a los más altos destinos, en lucha con todos los obstáculos que le opusieron el tiempo y el medio, erizados de prejuicios y de negativas preocupaciones.

Al referir en sus Memorias Políticas las primeras luchas de su juventud consigo mismo y con el medio ambiente, el doctor Peralta dice:

... Se despertó en mi una sed ardiente de saber, de encerrarme y devorar bibliotecas, de acumular en mi cabeza tesoros inmensos de ciencia. Todo con el fin de tornar a la lucha, pero armado ya de todas armas, digno de medir mis fuerzas con los que en su orgullosa sapiencia me miraban con cierto miseri-

cordioso desdén, aun en los círculos en los que se me mostraba algún aprecio...

Y luego:

Uno tras otro, ya de aquí, ya de allá, caían en mis manos los filósofos más grandes, los historiadores más independientes, los controversistas más célebres, valiosísimos contrabandos que mi acucioso empeño descubría con dificultades, pero que disipaban con rapidez extraordinaria todas las nubes que entenebrían mi mente...

Y fue el estudio, que en su caso asumía caracteres de heroicidad por las dificultades para procurarse libros, el que le dio, en efecto, las armas para la perenne lucha y para el triunfo en las arduas lides del mundo.

He aquí una lección perdurable que la vida del doctor Peralta ha dejado a las juventudes ecuatorianas: la avidez de conocimientos, la búsqueda apasionada de la verdad, el estudio constante para superarse y poder luchar con ventaja en la ruda pelea que es la vida. No se satisfizo él con los fragmentos de verdad que le entregaron sus profesores y con los que contenían los pocos libros de texto puestos a su alcance. Su ansia de saber le llevó a las más amplias y generosas fuentes del conocimiento, por mucho que para alcanzarlas le fue preciso vencer las murallas de la pobreza, de la incomprensión y de la rutina.

Esa lección tiene que ser recogida por la juventud de esta Universidad a la que el doctor Peralta enalteció como uno de sus más brillantes alumnos e ilustró desde la cátedra y la rectoría. Lección de validez y eficacia permanentes para los jóvenes universitarios que necesitan formarse a golpes de esfuerzo personal y de estudio constante para el cumplimiento de su misión social.

Porque si alguna virtualidad tiene la recordación de hoy es la de suscitarse en las nuevas generaciones la inquietud por el conocimiento de este sobresaliente personaje, nacido en los comienzos de la segunda mitad del siglo pasado y que tan destacada actuación alcanzó en la historia de nuestra patria ecuatoriana. Conocimiento tanto más necesario cuanto que no ha sido todavía estudiada en sus variadas facetas la múltiple y compleja personalidad del doctor José Peralta, circundada todavía de un

halo de rencor, de odio y de prejuicio que levantó la dureza de su lucha por la libertad y por la democracia, pues él, ya armado de todas las armas del saber, fortificada su voluntad por las contradicciones y por los esfuerzos cotidianos, se entregó todo entero a la desigual pelea por la libertad y el progreso de su patria, llegando a formar entre los pocos varones insignes precursores de la Revolución Liberal ecuatoriana. Después de la fulgurante pluma de Montalvo, a juicio del periodista Manuel J. Calle, la de Peralta es la más vigorosa entre las de los escritores liberales, por las copiosas lecturas y la preparación de quien la esgrimía.

La reciente generación de liberales que vino a manteles puestos a los goces del poder y del favor —dijo Calle en una semblanza de Peralta publicada en 1916— es posible que no sepa quién es Peralta y cuales son sus merecimientos para con la patria y el partido. Naturalmente Porque si la ingratitud, el egoísmo y el desconocimiento de los precursores y de los apóstoles no estuvieran en el fondo de la actividad social, como paso fermentado, no habría política...

Es preciso que se estudie exhaustivamente la figura de Peralta en su medio y en su tiempo, y a ello están llamadas precisamente las actuales generaciones, desprovistas ya de los arrebatos del odio que nubla la mirada clara y altera el pulso firme que son indispensables para trazar las líneas exactas de su personalidad descollante.

Peralta fue ante todo un luchador incansable. Luchó consigo mismo hasta encontrar su camino entre las sombras del prejuicio y de la ignorancia. Luchó luego contra el medio ambiente, que alzó contra el murallo de incompreensión y de sectarismo. Luchó por el triunfo de sus ideales liberales hasta encarnarlos en las instituciones jurídicas de la República. Luchó con la pluma, con la palabra, con el ejemplo. Luchó en el periódico, en el libro, en la tribuna, en el Parlamento, en el campo de batalla. Lucho siempre. No desmayó jamás. Su espíritu acerado estuvo siempre tenso y vigilante para salir a singular combate en defensa de su verdad.

Peralta fue un patriota eminente. Amó a su patria con vehemencia y pasión nobilísimas. Le consagró su vida por verla libre y democrática, sin las sombras medioevales que le oscurecían el camino del progreso. La sir-

vió en los más arriesgados puestos de responsabilidad gubernativa. La defendió con eficacia y clarividencia contra las ambiciones territoriales del país del sur. Fue debido a su labor firme e inteligente en la Cancillería y a la decisión inquebrantable de Eloy Alfaro que en el año 1910 sorteamos uno de los momentos más difíciles y peligrosos de nuestro secular pleito territorial con el Perú, impidiendo entonces la catástrofe que treinta años después se desencadenó sobre nuestra Patria, en gran parte por la medrosía de un gobierno impopular y de un Canciller acoquinado y tembloroso en el momento supremo, en el que hacía falta una voz intrépida y poderosa que denuncie al mundo la injusticia internacional de que se nos hacía víctimas.

Escritor, lo fue en grado eminente. Dueño de una pluma ágil, vibrante, acerada, la ejercitó largamente en el periodismo político, en el libro, en el folleto, en el documento de gobierno, en el informe escrupuloso de las labores cumplidas.

Maestro, dirigió y aleccionó a la juventud de su patria como Rector del Colegio Nacional, como catedrático universitario y como Rector de esta Universidad, en cuyos claustros resuena aún el eco de sus enseñanzas y de sus apasionados afanes de llevarla por caminos de mejoramiento y de progreso. Corto ciertamente, pero fecundo en iniciativas, fue su paso por la Rectoría de esta Casa de Estudios, tanto que el afán justiciero de una promoción estudiantil le erigió en ella un sencillo monumento recordatorio, desde el que preside la diaria faena de maestros y alumnos con su mirada de eternidad.

La Universidad de Cuenca, que se esfuerza por mantener en su severo recinto el clima de serenidad y de altura necesario para la convivencia civilizada de las más variadas ideas y opiniones, está obligada a enaltecer a los hombres eminentes que la han honrado y la han servido a lo largo de casi una centuria de vida institucional. Y entre esos hombres eminentes está el doctor José Peralta, que aquí recibió los primeros impulsos para el vuelo, que en esta Casa encontró la inteligente comprensión de ilustres maestros que estimularon su sed de sabiduría y le defendieron de las primeras acometidas del odio y del prejuicio, que aquí sentó cátedra de saber y de dignidad; que aquí, desde esta tribuna, dejó oír su voz encendida, clara, profunda, de convencido y de creyente en la inmortalidad del espíritu...

Es por esto que el Consejo Universitario, en cuya representación pronuncio estas palabras iniciales del acto académico consagrado a la ilustre memoria del doctor José Peralta, resolvió encabezar el homenaje que la patria le debe con oportunidad del centenario de su nacimiento, y entregar a la juventud estudiosa que concurre a sus aulas la señera figura de este cuencano benemérito para que aprenda a comprenderla y, comprendiéndola, a amarla, como una de las fuerzas espirituales de la democracia ecuatoriana.

Porque en medio de la natural divergencia de criterios sobre el pensamiento y la obra del doctor José Peralta que tiene que existir en una agrupación de hombres libres, como es la Universidad, estoy cierto de que existe un denominador común de valoración: la dimensión espiritual extraordinaria del personaje, la claridad de su privilegiada inteligencia, su alta calidad humana; caracteres que por si solos justifican el homenaje que la Universidad le rinde.

También yo, personalmente, me complazco en rendirle el tributo de mi admiración a sus talentos y virtudes excepcionales, y de veneración a su memoria. En mi juventud alcancé a conocerle personalmente y a tratarle, y pude apreciar directamente los altos quilates de su personalidad.

Era impresionante su figura gallarda, erguida, de elevada estatura, la cabeza altiva bien sentada sobre los hombros varoniles, morena la tez, viva, centelleante, profunda la mirada, sombreado el fuerte mentón — signo de su poderosa voluntad— por negra barba cerrada, entre la que blanqueaban ya los hilos de plata de la madurez. Enfundado en su negra levita de fino paño inglés de impecable corte, con paso corto y talante digno y altivo, le vi muchas veces por las calles de esta ciudad, dejando a su paso un revuelo de comentarios entre sus muchos adversarios y sus pocos amigos. Así le vi discurrir por los viejos claustros del antiguo edificio de la Universidad y le escuché una serie de conferencias que dictó en el aula magna, que despertaron vivos comentarios en el ambiente casi conventual de la ciudad de entonces.

Esta noche evoco esa figura imponente y me inclino ante ella, reverente y admirativo.

Centenario de su nacimiento. Mayo 16 de 1955

LA RESPONSABILIDAD DE PROFESORES Y ALUMNOS

El ritmo del tiempo, que a nuestra sensibilidad se manifiesta acelerado, nos enfrenta a la iniciación de un nuevo curso de estudios en nuestra Universidad.

Tonificados por el necesario descanso, maestros y alumnos volvemos a reunirnos en esta aula máxima a hacer planes y propósitos para cumplir nuestra alta faena en superación de estudios y de realizaciones, a renovar nuestra fe en los valores del espíritu, a mantener encendida la antorcha de la cultura que recibimos de nuestros antecesores y a tratar de que su llama sea más intensa para transmitirla a nuestros sucesores.

Las experiencias de los cursos pasados nos alecciona para hacer del que hoy empieza un ciclo de trabajo fecundo, que supere a los anteriores en la generosa sembradura y en la calidad y abundancia de la cosecha.

Ardua y alta es la misión de la Universidad. Lo fue siempre. Pero lo es más en los tiempos actuales de transición histórica, de confusión de valores, de angustia y de ansiedad humanas después de dos guerras devastadoras y frente al temor de una tercera que arrase con la humanidad toda por la utilización de fuerzas casi desconocidas.

Orientarse en medio de la confusión y de la oscuridad, guiar al hombre entre las sombras y los relámpagos de la tempestad, mantener su fe en el triunfo final de los valores de la cultura humana sobre la barbarie y la fuerza: he aquí la tarea de la Universidad, síntesis de las fuerzas creadoras y constructivas de la sociedad.

No podemos perder de vista en ningún momento esta dramática misión que los tiempos actuales le asignan, ni subestimar su extraordinaria

ria delicadeza y complejidad. Los maestros estamos obligados a no escatimar esfuerzos ni sacrificios para hacernos dignos de ella, esfuerzos y sacrificios que no encuentran, ciertamente, inmediata compensación en la feria de las vanidades sociales porque la obra del maestro no se ve de seguida, es imponderable casi para los contemporáneos. El maestro siembra para el porvenir y muchas veces ni él mismo alcanza a contemplar los resultados de su afán.

En cambio, tiene invalores compensaciones espirituales, íntimas, personales, que para el maestro de verdad superan a aquellas. Estudiar constantemente una o varias disciplinas humanas, en extensión y en profundidad, siguiéndolas en su desenvolvimiento progresivo; tener diario contacto con almas jóvenes, ávidas de saber y de entender los secretos del conocimiento; poder transmitirles las adquisiciones de la ciencia, a la vez que inquietarles con los nuevos enigmas que necesitan ser descifrados por el hombre en su incesante búsqueda de la verdad; sentir el estímulo de inteligencias frescas, muchas veces agudas, que nos acucian con su inconformidad o con su duda; poder guiar, alentar, estimular vocaciones sobresalientes... ¿no es verdad que colma el espíritu del maestro y lo sostiene con la inigualable satisfacción de ser útil y de realizar su destino?

El maestro, por otra parte, debe despertar y robustecer en los alumnos, además de la curiosidad por el conocimiento, el sentimiento de su responsabilidad como hambre de cultura dentro de la sociedad, la convicción de que la ciencia y la técnica que la Universidad le ha ayudado a adquirir crea deberes ineludibles, cuyo incumplimiento causa hondas perturbaciones en la vida colectiva.

El sentimiento de responsabilidad debe guardar proporción con el grado de cultura del hombre. La responsabilidad de quienes llegan a la Universidad y en ella se forman es infinitamente mayor que la de quienes no llegaron a ella y escogieron quehaceres sociales de inferior jerarquía.

El esfuerzo colectivo para el mantenimiento de los institutos de educación superior, a los cuales, por obvias razones, llega una fracción muy pequeña de la juventud, obliga a ésta a tomar su formación universitaria y su misión posterior, en el campo profesional y social, con un sentido de máxima responsabilidad, para corresponder a aquel esfuerzo con una conducta de tal manera elevada y útil a los demás que la sociedad encuentre plenamente compensados sus sacrificios.

Y este sentido de responsabilidad tiene que comenzar a manifestarse desde los primeros pasos de la vida universitaria. El joven que ingresa a la Universidad debe tener conciencia clara de que, para seguir los estudios profesionales que ha elegido, le es indispensable una base mínima de conocimientos ya adquiridos en el ciclo secundario de su educación. Y que si esos conocimientos le faltan, sea por su propia culpa o por deficiencias institucionales, es indispensable que los haga suyos antes de entrar a la etapa final de su formación y para beneficio de esa misma formación propia. No debe pensar que esas fallas pueden llenarse, aparentemente, por el favor o la recomendación que le abran las puertas del aula universitaria, en la que sus deficiencias serán un pesado lastre que le detenga en sus estudios.

Y luego, irse robusteciendo y enriqueciendo con la diaria experiencia de las clases y de los laboratorios, con la disciplina consciente del estudio serio y constante, con la severidad de las pruebas escolares, con la preocupación razonable por los problemas de la Universidad y su cooperación para resolverlos.

Incompatible con el sentido responsable que el estudiante universitario debe cultivar son el posponer los deberes escolares a quehaceres secundarios de orden personal; el escatimar el estudio al mínimo indispensable para llenar las apariencias del saber; el uso de las malas artes de la simulación y el engaño en las pruebas y en la ejecución de trabajos de rendimiento; el tratar de sustituir la confianza en si mismo y en el propio mérito con la influencia o la recomendación extrañas o, lo que es más grave, con el ruego humillante de favores que rebajan la dignidad juvenil.

Estas manifestaciones de irresponsabilidad se reflejan después en la vida social y sobre todo en la actividad profesional, con las desastrosas consecuencias individuales y sociales que ellas acarrearán: fracaso, ineficiencia, simulación, inmoralidad.

Empeñémonos todos, maestros y alumnos, dirigentes y dirigidos, en alejar de nuestra Casa de Estudios todas estas manifestaciones negativas y en crear, cada vez más desarrollado y vigoroso, el sentido de responsabilidad en todas las actividades universitarias. Contribuiremos con ello a elevar el nivel de dignidad de la vida social, a la vez que a poner en su elevado sitio a la cultura universitaria.

Con el corazón y con la mente puestos en la patria, pensemos que ella

será en el porvenir conducida por la juventud que hoy se forma en la Universidad, y que su grandeza o su miseria están ligadas, en gran parte, a la obra de los maestros que la conducen.

Yo debo en esta oportunidad renovar mi fe en las virtualidades de la juventud, simiente de heroísmos y de grandezas. Su fuerza renovadora, su desinterés, su amor a la justicia, su vocación de libertad pueden realizar milagros, a condición de que sepamos encauzar debidamente tan nobles cualidades precisamente en el periodo de su formación, desde la escuela a la universidad. Ved cuán grave es la tarea del maestro y comprended por qué en el mundo se libra permanentemente una dura lucha por la dirección de la educación juvenil.

He de insistir esta vez más en la misión esencialmente educativa, formativa de la Universidad, por sobre su misión informativa o de transmisión de conocimientos, a la que generalmente se da preferencia. Y esta misión ha de cumplir de manera más cabal cuando el profesor se sienta, mas que profesor, maestro, y ligue su vida más estrechamente a la Universidad para ser el guía de los jóvenes en una de las etapas más interesantes y delicadas de su vida, como es el tránsito de la adolescencia a la juventud.

Reconozco que nuestra Universidad, como las demás de nuestro país y la mayoría de las de nuestra América, no está organizada para el cumplimiento de esta misión en forma completa y adecuada. Y no lo estará quizá en mucho tiempo más, por un complejo de causas que quizá no es el momento de analizar.

Mas, todo paso que se dé en ese sentido, por corto que sea, nos irá acercando a ese ideal entrevisto ya y acariciado por los más responsables y lúcidos educadores de nuestro tiempo. Lo interesante por ahora es penetrarse de ese ideal y ponerlo como meta de nuestra acción en la querida Universidad cuencana.

Y ya que esta noche inaugural es propicia para la formación de propósitos para el año lectivo y para la marcha de la Universidad por los caminos del progreso y de la superación, prometámonos cumplir otro de sus fines: el de divulgar, el de extender los conocimientos fuera de la Universidad, entre las clases populares. Organicemos pequeños cursos para obreros, para empleados, para artesanos, para pequeños comerciantes, para agricultores y para industriales. Llamémosles a la Universidad o vayamos a sus propias agrupaciones, en sencilla plática

con ellos, interesémosles en el conocimiento de las cosas que con ellos se relacionan, acortemos la distancia ahora existente entre la Universidad y el pueblo. Bien sé por propia experiencia que esta labor está llena de dificultades. Hay que vencer la rutina, el prejuicio, la indolencia, la incomprensión. Pero hay que hacerlo con paciencia y con perseverancia, y con ello habremos cumplido una de las obligaciones más gratas de la Universidad como es la de acercarse al pueblo y darle la asistencia de los conocimientos más necesarios, la de "ir y enseñar a todos" que inscribió en la empresa de su escudo la Universidad de San Carlos de Guatemala, y como quiso el primer Rector de esta Universidad, el ilustre Benigno Malo.

Al iniciar este curso de estudios debo lamentar la separación de uno de los dirigentes de esta Casa, viejo maestro de ejemplar acción y brillante inteligencia que por más de cuarenta años ha aleccionado a la juventud de su patria: el señor doctor Manuel María Ortiz, Vicerrector hasta ayer de esta Universidad, que ha ejercitado su derecho a un merecido descanso al cabo de su larga faena de sembrador. Junto con los testimonios de la Asamblea y del Consejo Universitario, que luego de breves momentos le entregará un joven y valioso profesor diputado para ello, reciba Ud., señor doctor Ortiz, mi personal homenaje a sus altísimos méritos de educador y de maestro de varias generaciones, entre las cuales me cupo la suerte de recibir sus sabias lecciones en una cátedra del Colegio "Benigno Malo".

Quedan desde hoy abiertas nuevamente las puertas de este hogar espiritual a nuevos afanes, nuevas inquietudes y nuevos esfuerzos de maestros y alumnos. Mis mejores votos porque unos y otros alcancen, al final de esta jornada, el más alto premio que es dable otorgar a las acciones humanas: la satisfacción de haber cumplido el deber.

Octubre 7 de 1956

CONJUNCIÓN DE LAS TRADICIONES LOCALES Y LOS IDEALES UNIVERSALES

Una vez más nos hemos congregado esta noche maestros y alumnos de la Universidad para recordar hechos gloriosos de la patria chica, la más entrañablemente querida, por más cercana a nuestro corazón.

Por mucho que las grandes transformaciones de todo orden que se operan en el mundo contemporáneo tiendan a unificarlo cada vez más, a debilitar o borrar las fronteras nacionales, por la asombrosa facilidad de las comunicaciones y de los transportes, por la interdependencia de todos los países, por el prodigioso desarrollo de la ciencia y de la técnica, por la internacionalización de la cultura en sus múltiples manifestaciones, permanece en el hombre, y permanecerá siempre, su apego sentimental y profundo a la comarca nativa, a la tierra madre que le sustenta con sus frutos y a la que fecundará con la cal de sus huesos. Lazos estrechos nos atan a ella y nos retienen, física y espiritualmente, junto al hogar de nuestros mayores, a la vera del campanario aldeano, integrándonos con su paisaje, respirando sus aires, contemplando sus cielos, sintiéndonos solidarios con la obra de las sucesivas generaciones que la habitaron, lucharon, sufrieron, gozaron y se sacrificaron por ella.

El amor a la patria chica, a la ciudad pequeña, a la aldea, al campo en que vimos la luz primera y del que recibimos las primeras y más profundas improntas de nuestra vida, es un sentimiento humano inextinguible y poderoso, fecundo, además, en acciones beneficiosas para la colectividad.

La geografía y la historia nos arraigan fuertemente a la tierra nativa, nos asignan una parcela del mundo para que, asentándonos en ella,

podamos mirar lejos a todos los horizontes. Porque la afección a lo más cercano, a lo propio, a lo vernáculo no está reñida, en manera alguna, con el conocimiento y la comprensión de las cosas más alejadas de nosotros en el espacio o en el tiempo, con el entendimiento de los grandes problemas del hombre universal, ecuménico, y del mundo que nos rodea.

Es por esto, creo yo, que nuestra Universidad, centro de la vida intelectual del Azuay, y por ello instrumento de captación de las inquietudes universales en el campo de la cultura y de la ciencia, se encuentra fuertemente ligada a la tradición y a la historia cuencanas, las siente profundamente y las utiliza como un poderoso acicate para su progreso. En ella tratamos de conjugar armoniosamente la devoción por las cosas cercanas, asentadas en el pequeño horizonte de la comarca querida, enmarcada por un cerco de colinas azules, con el amor de los grandes ideales humanos: la libertad, la cultura, la justicia, y con la preocupación por todos los problemas que agitan a la humanidad en el plano de la ciencia y de la técnica.

La emancipación política fue, sin duda, un gran bien obtenido por el esfuerzo y el sacrificio de nuestros antepasados, y Cuenca cumple un nobilísimo deber al glorificar perennemente ese esfuerzo y ese sacrificio con el recuerdo de las generaciones. Pero un complemento indispensable de la emancipación política es la emancipación espiritual por medio de la educación y de la cultura para todos. Por eso dijo muy bien nuestro primer Rector, el gran estadista Benigno Malo, hace ochenta y nueve años, al inaugurar este plantel de educación superior, que su creación valía tanto como la segunda emancipación de Cuenca. Y a sus creadores les debemos glorificar de la misma manera que a los próceres del 3 de Noviembre, porque ellos efectuaron una revolución pacífica de largo alcance.

Nuestra obligación actual es ser fieles a la obra trascendental de los unos y de los otros. Mantener y perfeccionar la independencia y la libertad políticas, preservando a la patria de volver a caer en nuevos coloniajes y en nuevas servidumbres; mantener y perfeccionar la libertad espiritual por la educación y la cultura, cuidando de afinar y vigorizar este precioso instrumento para obtenerla que es la Universidad autónoma.

Y para terminar estas cortas palabras de presentación de este acto académico, séame permitido expresar al Profesor Dr. David Díaz Cueva, viejo maestro de varias generaciones de la Facultad de Ciencias Médicas,

el hondo sentimiento con que la Universidad toda le ve alejarse de sus aulas, que supo enaltecer y prestigiar a lo largo de cuarenta años de enseñanzas y de ejemplos inolvidables de sabiduría y de abnegación verdaderamente ejemplares.

Si la necesidad de reposo al cabo de una larga y provechosa faena educativa nos priva de su magisterio, queda sin embargo en esta Casa, incorporada a su patrimonio espiritual, su obra de ocho lustros por la educación, por la ciencia y por la humanidad, señor Profesor Dr. Díaz Cueva, y ni la Universidad ni sus discípulos la olvidarán nunca, porque es una obra en la que Ud. puso, desinteresadamente, los mejores tesoros de su alma y de su vida, como maestro de verdad.

Noviembre 7 de 1957

EL INGRESO DE LA UNIVERSIDAD

Nuevas inquietudes juveniles; renovados propósitos de estudio y de conocimiento; nuevas ilusiones vitales; mentes ávidas de nuevas verdades por descubrir; voluntades tensas para nuevos esfuerzos; almas frescas vigorizadas por el temporal reposo; movilización de energías acumuladas en el descanso; torrentes de vida fecunda que se encausan por los derroteros de la ciencia y de la técnica. Tal es la iniciación de un nuevo curso lectivo en esta Universidad, o por lo menos tal es la visión que yo quiero tener del ciclo de estudios que esta noche inauguramos.

Más que a los estudiantes que llegan a continuar su carrera, este acto sencillo y severo a la vez está dedicado a los nuevos alumnos, que por la primera ocasión tocan las puertas de esta Casa de Estudio y se disponen a dominar un sistema de conocimientos y a completar su formación espiritual.

Para llegar hasta estos claustros universitarios han realizado ya un doble esfuerzo inicial: superar las pruebas generales de ingreso y alcanzar, por sus altas calificaciones, un puesto dentro del limitado número de alumnos fijado para cada una de las escuelas universitarias. Luego tiene que seguir un esfuerzo constante por el dominio de las diversas disciplinas que constituyen la preparación facultativa, hasta coronar su carrera y salir provistos, más que de un título profesional o académico, de los conocimientos necesarios para incorporarse, como elementos sobresalientes, a la sociedad, para enaltecerla y para servirla con eficacia.

¿Por qué —os habréis preguntado seguramente en estos días de vuestro ingreso a la Universidad— se nos exige nuevas pruebas de los conocimientos adquiridos en el Colegio, si ya éste nos confirió un testimonio de esos conocimientos al otorgarnos el título de Bachiller?

¿Y por qué razón se limita el número de alumnos que cada Escuela puede recibir y no acepta a todos los aspirantes que llenen los requisitos legales y reglamentarios?

La segunda educación, que se da en los colegios, es quizá la más difícil y compleja, porque comprende la formación de los adolescentes, en pleno proceso de transformación orgánica y espiritual. Sin embargo de esta complejidad, nuestra República no ha puesto en la organización y en la planificación de esta etapa educativa todo el esmero y el cuidado necesarios. Los colegios carecen, por regla general y salvando casos excepcionales, de dirigentes y maestros especializados, que si los tiene la educación primaria. Por otra parte, quizá con la plausible intención de extender la segunda educación, se han multiplicado los colegios nacionales, municipales y particulares, muchos de los cuales no disponen ni del personal docente ni de los medios materiales indispensables para proporcionar a sus alumnos la formación adecuada.

Por ello el bachillerato no es una garantía segura de posesión efectiva de los conocimientos generales indispensables a un joven para seguir estudios superiores. Y la Universidad se ve en la necesidad de someterlo a pruebas de conocimientos y de capacitación. De otra manera, el fracaso de los estudios universitarios causado por una deficiente preparación anterior ocasionaría al propio alumno males irreparables que gravitarían sobre su vida futura, y se proyectarían sobre la colectividad.

Esta es la respuesta que la Universidad os da, jóvenes bachilleres, a la primera interrogación.

Y para responder a la segunda, es necesario recordar que la formación general y profesional que la Universidad esta obligada a dar a sus alumnos requiere de personal docente proporcional al número de estudiantes, de comodidades materiales y de instalaciones suficientes para garantizar una preparación cabal. Un solo Profesor no puede atender con buen éxito a centenares de alumnos. En los gabinetes, en los laboratorios, en los seminarios, no puede trabajar con provecho sino un número limitado de estudiantes.

Para hacer frente a esta necesidad de recibir todos los años un creciente número de estudiantes, la Universidad tiene que ampliar sus edificios, incrementar sus gabinetes y laboratorios, agrandar sus bibliotecas, multiplicar sus catedráticos, crecer, en una palabra. Mas, para crecer requiere de los medios económicos suficientes proporcionados por el

Estado, y éste le asigna en el presupuesto nacional una suma de dinero que no alcanza a cubrir sus más imperiosas necesidades.

La enseñanza superior requiere de medios costosos para cumplir su misión de proporcionar a la sociedad dirigentes y técnicos que promuevan e impulsen el desenvolvimiento del país, y el Estado tiene la obligación de dotar a las universidades de los recursos financieros necesarios para adquirirlos. Ninguna inversión estatal rinde beneficios mayores que la que se destina a la educación del hombre, en todas sus etapas. Mientras esta verdad no sea comprendida y los dirigentes del país no la apliquen valerosamente, la educación pública no podrá ni expandirse ni intensificarse en la proporción necesaria para formar debidamente a todos los niños, a todos los adolescentes y a todos los jóvenes ecuatorianos. Y la Universidad se verá forzada a limitar el número de sus alumnos, con todos los inconvenientes que esta limitación comporta.

Para los dirigentes de la Universidad es verdaderamente penoso aplicar este sistema de limitaciones y restricciones que le imponen las realidades actuales en forma inexorable. Desearíamos que las puertas de esta Casa de Estudios estuviesen abiertas para todos los jóvenes que a ella acuden, sin más condiciones que las de poseer los conocimientos previos y la capacidad para seguir estudios superiores. Mas, ya que esto no es posible por ahora, por lo menos estamos obligados a que la selección de nuevos alumnos se opere a base de méritos y de calificaciones de sus pruebas de ingreso.

Y ahora, jóvenes alumnos que habéis llegado a las aulas universitarias por primera vez, esforzaos todas las horas y todos los días de vuestra permanencia en ellas por adquirir los conocimientos de vuestra predilección mediante una severa disciplina de estudio y de trabajo constante. El vasto y hermoso mundo de la ciencia y del conocimiento se ofrece a vuestras inteligencias ávidas y a vuestras voluntades de triunfo. Corresponde a vuestra condición de estudiantes, sujetos activos del verbo estudiar. Cultivad vuestro espíritu y afinad vuestras capacidades por el ejercicio tenaz de las mismas. Tened muy presente que habéis recibido un verdadero privilegio de la sociedad al llegar a la Universidad, mientras muchos miles de vuestros compatriotas, a vuestra misma edad, cultivan el campo, trabajan en fábricas y talleres, se agotan en las minas, se esfuerzan para ganar el pan con el sudor de sus frentes. Este privilegio comporta, de vuestra parte, serias y graves obli-

¿Y por qué razón se limita el número de alumnos que cada Escuela puede recibir y no acepta a todos los aspirantes que llenen los requisitos legales y reglamentarios?

La segunda educación, que se da en los colegios, es quizá la más difícil y compleja, porque comprende la formación de los adolescentes, en pleno proceso de transformación orgánica y espiritual. Sin embargo de esta complejidad, nuestra República no ha puesto en la organización y en la planificación de esta etapa educativa todo el esmero y el cuidado necesarios. Los colegios carecen, por regla general y salvando casos excepcionales, de dirigentes y maestros especializados, que si los tiene la educación primaria. Por otra parte, quizá con la plausible intención de extender la segunda educación, se han multiplicado los colegios nacionales, municipales y particulares, muchos de los cuales no disponen ni del personal docente ni de los medios materiales indispensables para proporcionar a sus alumnos la formación adecuada.

Por ello el bachillerato no es una garantía segura de posesión efectiva de los conocimientos generales indispensables a un joven para seguir estudios superiores. Y la Universidad se ve en la necesidad de someterlo a pruebas de conocimientos y de capacitación. De otra manera, el fracaso de los estudios universitarios causado por una deficiente preparación anterior ocasionaría al propio alumno males irreparables que gravitarían sobre su vida futura, y se proyectarían sobre la colectividad.

Esta es la respuesta que la Universidad os da, jóvenes bachilleres, a la primera interrogación.

Y para responder a la segunda, es necesario recordar que la formación general y profesional que la Universidad esta obligada a dar a sus alumnos requiere de personal docente proporcional al número de estudiantes, de comodidades materiales y de instalaciones suficientes para garantizar una preparación cabal. Un solo Profesor no puede atender con buen éxito a centenares de alumnos. En los gabinetes, en los laboratorios, en los seminarios, no puede trabajar con provecho sino un número limitado de estudiantes.

Para hacer frente a esta necesidad de recibir todos los años un creciente número de estudiantes, la Universidad tiene que ampliar sus edificios, incrementar sus gabinetes y laboratorios, agrandar sus bibliotecas, multiplicar sus catedráticos, crecer, en una palabra. Mas, para crecer requiere de los medios económicos suficientes proporcionados por el

Estado, y éste le asigna en el presupuesto nacional una suma de dinero que no alcanza a cubrir sus más imperiosas necesidades.

La enseñanza superior requiere de medios costosos para cumplir su misión de proporcionar a la sociedad dirigentes y técnicos que promuevan e impulsen el desenvolvimiento del país, y el Estado tiene la obligación de dotar a las universidades de los recursos financieros necesarios para adquirirlos. Ninguna inversión estatal rinde beneficios mayores que la que se destina a la educación del hombre, en todas sus etapas. Mientras esta verdad no sea comprendida y los dirigentes del país no la apliquen valerosamente, la educación pública no podrá ni expandirse ni intensificarse en la proporción necesaria para formar debidamente a todos los niños, a todos los adolescentes y a todos los jóvenes ecuatorianos. Y la Universidad se verá forzada a limitar el número de sus alumnos, con todos los inconvenientes que esta limitación comporta.

Para los dirigentes de la Universidad es verdaderamente penoso aplicar este sistema de limitaciones y restricciones que le imponen las realidades actuales en forma inexorable. Desearíamos que las puertas de esta Casa de Estudios estuviesen abiertas para todos los jóvenes que a ella acuden, sin más condiciones que las de poseer los conocimientos previos y la capacidad para seguir estudios superiores. Mas, ya que esto no es posible por ahora, por lo menos estamos obligados a que la selección de nuevos alumnos se opere a base de méritos y de calificaciones de sus pruebas de ingreso.

Y ahora, jóvenes alumnos que habéis llegado a las aulas universitarias por primera vez, esforzaos todas las horas y todos los días de vuestra permanencia en ellas por adquirir los conocimientos de vuestra predilección mediante una severa disciplina de estudio y de trabajo constante. El vasto y hermoso mundo de la ciencia y del conocimiento se ofrece a vuestras inteligencias ávidas y a vuestras voluntades de triunfo. Corresponded a vuestra condición de estudiantes, sujetos activos del verbo estudiar. Cultivad vuestro espíritu y afinad vuestras capacidades por el ejercicio tenaz de las mismas. Tened muy presente que habéis recibido un verdadero privilegio de la sociedad al llegar a la Universidad, mientras muchos miles de vuestros compatriotas, a vuestra misma edad, cultivan el campo, trabajan en fábricas y talleres, se agotan en las minas, se esfuerzan para ganar el pan con el sudor de sus frentes. Este privilegio comporta, de vuestra parte, serias y graves obli-

gaciones, que debéis cumplir, y que se resumen en una: voluntad de superación y de triunfo.

La Universidad, venciendo hasta donde es posible sus limitaciones, se afana por ofrecer a sus alumnos un ambiente propicio al estudio y al trabajo; una organización adecuada de sus facultades y escuelas para la formación general y especializada de los estudiantes; un cuerpo de catedráticos seleccionados por sus conocimientos y su dedicación para dirigir los estudios con provecho; gabinetes de trabajo, laboratorios para investigación; bibliotecas especializadas; seminarios y consultorios.

Faltan muchas cosas, lo sé. No disponemos del dinero necesario para obtenerlas. Mas, no desmayamos en el empeño de conseguirlo del poder público y de movilizar todos los recursos a nuestro alcance para llevar al convencimiento de los dirigentes del Estado que nuestra Universidad necesita de mayores ingresos en su presupuesto. En esta acción es indispensable el concurso decidido de los estudiantes universitarios, cuya actividad y dinamismo puestos al servicio de tan noble causa pueden conseguir en buena parte el logro de nuestro propósito

Por otra parte, y ventajosamente, no todo lo que la Universidad necesita se adquiere con el dinero. Hay factores espirituales que tienen una decidida influencia en la vida de la Universidad. Y esos factores espirituales están en los maestros y en los alumnos, en el diálogo cotidiano de los unos y de los otros, en el ejemplo vital que ofrezcan aquellos con su dedicación a la ciencia y a sus aplicaciones y con su conducta frente a la vida, en adquisición de hábitos mentales para captar la verdad y utilizarla, en la clarificación de los fines y de los propósitos de la formación superior y de la especialización profesional.

Porque la Universidad forma a sus alumnos para la Vida y todo lo que en ella se enseña debe tener vitalidad, capacidad de aplicación, operancia vital. Las ideas inertes y los conocimientos sin aplicación forman eruditos, pero las ideas vivas, los conocimientos vivos, palpitantes, forman dirigentes capaces, profesionales útiles, investigadores eficaces. Por esto los profesores necesitan estar al día en materia de ideas y de conocimientos, porque todo retraso es fatal para ellos mismos y para sus alumnos. La ciencia no se detiene un instante, avanza siempre. Las ideas se envejecen con el uso, como los zapatos, como decía Unamuno, y hay que renovarlas.

Y la Universidad actual tiene que resolver en una síntesis la oposición entre la formación humanística y la formación profesional y técnica.

Todo el que salga de la Universidad ha de saber algo bien y ha de hacer algo bien. Saber bien un sistema de ideas y de conocimientos generales que integren su personalidad y hacer bien las cosas de su especialidad: cultura, ciencia y técnica sumadas y armonizadas en el hombre cabal.

A la educación superior le corresponde lo que Whitehead llama la fase de la generación, o sea partir de las ideas generales y estudiar su aplicación a los casos concretos.

Durante el periodo escolar, dice, el estudiante ha estado mentalmente inclinado sobre su pupitre; en la Universidad debe ponerse de pie y mirar a su alrededor. La instrucción verdaderamente útil proporciona comprensión de unos cuantos principios generales que se apoyan de manera firme en su aplicación a una variedad de detalles concretos. La función de la Universidad es capacitar al alumno para deshacerse de los detalles en beneficio de los principios. El aprendizaje es inútil hasta que no se hayan perdido los libros de texto, quemado las notas tomadas y olvidado las minucias que se aprendieron para los exámenes.

Es decir cuando todo ello se halle incorporado a nuestra cultura mental, y nos permita reaccionar adecuadamente a los estímulos múltiples de la vida.

En suma la Universidad tiene un espíritu que alienta sus actividades todas y que penetra en maestros y alumnos e imprime en ellos su huella invisible y profunda. Unos y otros tenemos la obligación de enriquecer ese espíritu con nuevas aportaciones de consagración a nuestras respectivas tareas y con perpetua renovación de votos en el altar de la ciencia y de la cultura.

Iniciamos este curso lectivo con una nueva Escuela Universitaria: la Escuela de Arquitectura y Urbanismo, anexa a la Facultad de Ciencias Matemáticas. La juventud que en ella se ha inscrito tiene un nuevo campo de empleo de sus capacidades y aptitudes de creación de belleza en la armonía de líneas, volúmenes y colores aplicada a la vivienda del hombre. Que este nuevo esfuerzo de la Universidad sea estimulado por la dedicación de los alumnos a las tareas que demanda esta rama del conocimiento científico, a la vez que de las Bellas Artes.

Bienvenidos, maestros y estudiantes, a los claustros de esta querida Universidad para reanudar el diálogo eterno entre la madurez y la juventud, entre la experiencia y la ilusión. Poned en este diálogo toda vuestra alma y estad seguros que así realizareis plenamente la noble faena para cuya iniciación nos hemos congregado esta noche.

Octubre 12 de 1958

JUSTICIA Y LIBERTAD

Las primeras palabras de esta intervención, que debieron ser de bienvenida a los estudiantes llegados a nuestra ciudad para el Décimo Quinto Congreso de la Federación de Estudiantes Universitarios Ecuatorianos, permítanme ustedes que sean de agradecimiento a todos y cada uno de los dirigentes de la sede nacional por su generosa y conmovedora adhesión a su Rector.

Me habéis entregado, señor Presidente, un invalorable testimonio del desprendimiento y de la generosidad juveniles, que es como haberme entregado el corazón de la juventud que yo siempre amé con predilección y a la que he consagrado los afanes, modestos por cierto, pero ferrientes y tenaces, de una buena parte de mi vida.

Este testimonio de vuestra consustancial nobleza de alma me conmueve profundamente y llega hasta lo más íntimo de mi espíritu, donde quedará perpetuamente grabado para el resto de mis días como uno de los más valiosos galardones con que puede enaltecer a una vida humana: el aplauso y la adhesión sincera de la juventud estudiosa.

Para expresaros, con la posible exactitud que cabe en momentos de tan honda emoción, mis sentimientos no tengo sino la breve, la irremplazable palabra cordial, cargada de toda mi alma: Gracias.

Y ahora, dominando mi emoción de este momento, permitidme que cumpla ya con el deber de presentar a los jóvenes estudiantes universitarios de Quito, de Guayaquil, de Loja y de Manabí, que desde sus ilustres universidades han traído a esta ciudad sus inquietudes y sus afanes de mejoramiento, sus problemas y sus fervores, la más cordial bienvenida en nombre de esta casi centenaria Universidad de Cuenca y como su Rector.

Que los breves días de intensa y febril actividad que vais a dedicar a esta periódica cita estudiantil en esta Casa de Estudios se vean coronados por el éxito feliz de vuestras deliberaciones y que de ella salga robustecido y sólido el sentimiento de unidad de la juventud universitaria ecuatoriana, por encima de las naturales divergencias accidentales de toda agrupación de espíritus libres.

La juventud que estudia en las universidades tiene una misión y una responsabilidad insoslayables. La misión de prepararse moral e intelectualmente para asumir en su hora el puesto de comando de la sociedad ecuatoriana y la responsabilidad actual de hacerlo con plenitud de conciencia de las dificultades que tal misión le depara, obligándole a duplicar sus esfuerzos para no estrellarse contra los muros del fracaso.

Sabéis bien que el mundo atraviesa por una de sus épocas más oscuras y peligrosas y que, por tanto, la patria ecuatoriana necesitara de pilotos diestros y valerosos para encontrar su camino de superación. Los ojos claros, las manos firmes, el corazón entero y puro serán los atributos que la colectividad exigirá a esos pilotos del futuro, y esos atributos solamente se adquieren en el estudio constante, en la acción desinteresada, en la tensión de la voluntad para hacer el bien a nuestros semejantes, en el cultivo de los altos ideales sin los cuales la vida no tiene sentido ni dirección.

Hace cuatro años, desde este mismo sitio y en ocasión semejante a la actual, os señalé esos ideales de nuestro tiempo como la meta de vuestra acción, dentro y fuera de la Universidad, en dos palabras cargadas de denso sentido humano y fecundas en su desenvolvimiento hacia el futuro: Justicia y Libertad.

Vuelvo ahora a repetir esas mágicas palabras en cuya brevedad se encierra quizá el porvenir de la humanidad, siempre que ésta encuentre la fórmula para armonizarlas y realizarlas conjuntamente.

JUSTICIA para distribuir entre los hombres los esfuerzos y los frutos de esos esfuerzos, para eliminar la miseria, la ignorancia, la enfermedad, el temor, la inseguridad. Justicia para los hombres, justicia para las sociedades, justicia para las naciones.

LIBERTAD para que el hombre pueda realizar plenamente su destino desarrollando al máximo su capacidad espiritual, sin trabas y limitaciones deformantes. Libertad para su mente creadora y para la expresión de sus capacidades de realización de belleza y de bien. Libertad para investigar todos los secretos del mundo y de la vida. Libertad para divulgarlos

y utilizarlos en bien de la humanidad. Libertad para que los hombres adoren a Dios a su manera. Libertad para la ciencia, para la educación, para la cultura.

Sin libertad no hubiera existido ningún Shakespeare, ningún Goethe, ningún Newton, ningún Faraday, ningún Pasteur, ningún Lister. No habrían casas confortables para la mayoría del pueblo, ferrocarriles, radio, ni protección alguna contra las epidemias, ni libros baratos, ni cultura alguna ni goces artísticos para todos. No habrían máquinas que aliviaran al pueblo de los rudos trabajos necesarios para la producción de las principales exigencias de la vida. La mayoría soportaría una oscura vida de servidumbre, semejante a la de las viejas tiranías asiáticas. Solo los hombres libres crean los inventos y las obras intelectuales que hacen, para nosotros los modernos, la vida digna de ser vivida.

El gran sabio Albert Einstein, que en busca de libertad abandonó su patria y murió lejos de ella.

Sin perder nunca de vista estos grandes ideales de Libertad y de Justicia, que deben ser las luces que alumbren vuestro camino, afirmad y perfeccionad vuestra organización estudiantil enriquecida por una tradición brillante de realizaciones y de ideales fervorosamente perseguidos.

Superad, os lo pide con vehemencia un viejo amigo de la juventud, vuestras actuales disidencias que no estimo fundamentales, colocándoos en una reflexiva posición de hombres de inteligencia y de estudio para encontrar las soluciones justas y constructivas, y dad a la Federación de Estudiantes una vigorosa unidad nacional que le permita actuar eficazmente para bien de la Universidad y de la patria ecuatoriana.

Que queden atrás los errores y las incomprendiones, patrimonio de toda obra humana y ni se diga de una obra de juventud. Y que la misma experiencia de ellos os aleccione en la marcha hacia adelante, en la que vuestra frescura juvenil, vuestro desinterés, vuestro entusiasmo y vuestro fervor por las nobles causas de la patria y de la humanidad serán factores preciosos de una acción social de gran trascendencia.

Ni las amargas experiencias de un mundo convulso y desorientado como el que vivimos al presente, ni la oscuridad del horizonte histórico

son suficientes para que el hombre pierda la fe en ciertos valores permanentes, como la juventud que ama el conocimiento y se esfuerza por conquistar el porvenir. Yo tengo fe en ella, os lo digo sin intención alguna de lisonja o de adulación, que serian censurables en un educador, y por ello espero mucho de las nuevas generaciones de la patria.

Y basta por ahora. Utilizad las estrechas horas de que disponéis, provechosamente. Robusteced los lazos indestructibles del conocimiento personal y de la amistad, examinad con mente clara y corazón puro vuestros problemas y los de la Universidad y de la patria y salid de esta nueva prueba más unidos y más solidarios, más vigorosos y más confiados y más resueltos a cumplir vuestro destino y a ser dignos de vuestra responsabilidad. Nada más.

Noviembre de 1958

LA HISTORIA NO SE DETIENE

La historia no se detiene. Es un proceso continuo en que los sucesos anteriores influyen en los posteriores y los explican, en que los hechos se encadenan de manera tal que los unos se apoyan en los otros y se coordinan a lo largo del tiempo, formando series de fenómenos en cuya explicación no es posible prescindir ni de los detalles al parecer insignificantes. El presente se apoya en el pasado y el futuro en el presente. Los acontecimientos al parecer más contradictorios se ajustan, en la larga perspectiva de la historia, a una lógica inflexible y encuentran su justificación o por lo menos su explicación en antecedentes remotos.

Los cuatro siglos de vida colonial que se iniciaron con la conquista española de América, el sistema de gobierno implantado en las colonias por la monarquía española, la manera de conducir los virreinos, las presidencias, las capitanías generales; el régimen económico al que estuvieron sometidas; la permanente contradicción entre las leyes paternalistas y generosas dictadas para las Indias y los hechos brutales de opresión y rapiña de los encargados de cumplirlas; el menosprecio de las milenarias y elevadas culturas indígenas; el germen de autogobierno local cultivado en los cabildos coloniales, trasplantados de las comunas castellanas; el espíritu individualista e independiente de la raza española generosamente sembrada en tierras americanas y otros muchos factores explican suficientemente la Independencia o emancipación política de los pueblos americanos.

¿Que la Independencia fue prematura?. Que la conseguimos a costa de todos los demás bienes?. Que lo duro y largo de la lucha con la metrò-

poli nos debilitó económicamente?. Que pudieron ahorrarse los torrentes de sangre derramada para conseguirla?

Preguntas todas éstas, y otras mas que se han hecho, que no tienen sino una respuesta concluyente y definitiva: La independencia de las colonias españolas de América es un hecho histórico que se produjo por la confluencia de múltiples factores ineludibles en el momento preciso que debía producirse. Y fue un hecho histórico beneficioso para nuestros pueblos, por mucho que, como todos los sucesos trascendentales, haya demandado grandes sacrificios.

Por esto es que los pueblos americanos lo han inscrito en su calendario histórico como el suceso más importante de su vida colectiva y han elevado a los hombres que lo realizaron a los altares de la gloria cívica y del heroísmo.

Nuestra ciudad de Cuenca conmemora un nuevo aniversario de su emancipación local en 1820, y glorifica una vez mas a sus libertadores, precisamente porque su pueblo comprende claramente que la libertad de gobernarse que conquistó a precio de sangre es un gran bien, base y sostén de otros bienes sucesivos que ha ido obteniendo penosamente y que los obtendrá en el futuro, porque la historia no se detiene.

Y porque no se detiene es que, una vez conseguida la independencia política, los pueblos de la antigua Presidencia de Quito, hoy República del Ecuador, han luchado para edificar una patria digna de la libertad conquistada hacen más de ciento treinta años. Y el mismo pueblo del 10 de Agosto, del 9 de Octubre, del 3 de Noviembre y de tantas otras fechas gloriosas de la patria, se levantó el 6 de Marzo contra la opresión del militarismo extranjero y el 5 de Junio contra el uso ilícito y humillante del símbolo nacional y por la conquista de las libertades fundamentales del hombre, sin las cuales estaba trunca la obra de los libertadores.

Y porque la historia no se detiene es que nuestro pueblo ha logrado cimentar, en ardua lucha, instituciones que le sirven para avanzar en el camino de su liberación y de su bienestar y que está decidido a mantenerlas y mejorarlas.

Tras la emancipación política, persiguió la emancipación espiritual, la emancipación de la conciencia, que solamente será completa cuando la educación llegue a todos los ecuatorianos y los eleve a la plenitud de la condición humana, que es la de la conciencia libre e ilustrada. Y luego vendrá necesariamente la libertad económica, la justa distribución de los

bienes materiales necesarios para mantener la dignidad de la persona humana. Los eslabones de la historia seguirán agregándose unos a otros, inexorablemente.

Naturalmente que para ello el hombre ecuatoriano debe tener cada día una conciencia más clara del valor de la libertad y una voluntad firme de no desmejorarla ni perderla, porque no faltan las acechanzas contra ella, disfrazadas o francas. Disfrazadas de amistad y de protección, nos tienden la compleja e invisible red de un nuevo colonialismo económico. Francas, de sectarismo y de odio a la libertad, nos amenazan con suprimirla en la educación y en la convivencia civilizada que ofrece el Estado laico.

Siempre la Universidad celebró esta fecha como suya, porque de ella arranca la razón de su existencia como institución de educación y de cultura que no puede existir sino en un ambiente de libertad espiritual. Fiel al legado de los libertadores, se esfuerza por cumplir su elevada tarea educativa, científica y cultural para formar juventudes dignas de recoger e incrementar ese precioso legado histórico y de transmitirlo puro y entero a la posteridad.

La condecoración Benigno Malo, creada en homenaje al primer Rector de este plantel, es un estímulo para esta juventud llamada a cumplir tan noble y alto destino humano. A quienes la han alcanzado en este año y la recibirán en este acto, después de pocos momentos, van mis felicitaciones más francas y mi voz de aplauso por su triunfo, que es, a la vez un triunfo de la Universidad cuencana.

Noviembre 2 de 1958

LA UNIDAD DE AMÉRICA

América cobra cada día una más lucida conciencia de su destino. En medio de un mundo convulso, que navega en un mar agitado por las tormentas, casi sin brújula y sin carta de marear, expuesto al choque destructor contra los escollos, nuestro continente vislumbra su futuro y su misión histórica y busca en su unidad la fuerza necesaria para afrontarla.

Bolívar, el Libertador, cuya larga y aguda visión penetró en las oscuridades del futuro, inició la tarea unificadora en el Congreso Anfictiónico de Panamá. Y desde entonces, tropezando con duros obstáculos, avanzando lentamente, retrocediendo a veces, con varia fortuna, la obra de unificación y coordinación de los numerosos países americanos ha progresado notablemente. El Panamericanismo, desviado en ocasiones, desnaturalizado en otras, suscitando desconfianzas y prejuicios con frecuencia, ha logrado en nuestros días una mayor solidez y una más clara comprensión de su necesidad.

La Organización de los Estados Americanos, con basamentos jurídicos sólidos, con un cuerpo de doctrina internacional inspirada en los principios más puros de la convivencia pacífica y de la cooperación útil de los Estados, con órganos políticos, administrativos y técnicos en pleno funcionamiento, ofrece al mundo un ejemplo vigoroso de solidaridad y de cooperación de pueblos y estados que sienten la responsabilidad histórica de su común destino.

Los lazos unificadores no se anudan únicamente en el campo inestable y móvil de la política internacional, sino también en la entraña profunda de las realidades históricas y geográficas, que son en definitiva las que definen la personalidad de los pueblos y de los estados.

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia, agencia especializada de la O. E. A., encargada de impulsar y coordinar el estudio y la investigación científica de la Geografía y de la Historia de América, nació al impulso de esta nueva concepción del panamericanismo, que quiere afirmarse en incommovibles cimientos de verdad científica antes que en deleznable y superficiales conveniencias políticas.

Singular honra para nuestra ciudad de Cuenca, capital de una provincia ecuatoriana, constituye su elección como sede de la IV Reunión de Consulta de la Comisión Permanente de Historia de América, que en estos días se desenvuelve en esta Casa. Varones eminentes en el cultivo de las disciplinas históricas, maestros universitarios, figuras señeras de la intelectualidad y de la ciencia continentales enaltecen nuestra ciudad con su presencia y con sus elevadas deliberaciones.

Una muestra ingente de las labores del Instituto y del esfuerzo de los numerosos investigadores de la historia americana que trabajan incansablemente para encontrar y afirmar las raíces históricas de nuestro Continente es esta exposición de libros y publicaciones periódicas enviados por gobiernos y por instituciones científicas de América y de algunos países europeos.

Generosa voluntad de los donantes ha sido la de que este valioso acervo de obras históricas acreciente el fondo bibliográfico de la Universidad de Cuenca.

En nombre de ella y como su Rector dejo constancia de mi agradecimiento por tan valioso donativo a todos los gobiernos e instituciones que han contribuido a integrarlo.

Queda así en las bibliotecas de la Universidad, como un presente más de este certamen interamericano, una numerosa y valiosísima colección de libros y revistas sobre los más variados aspectos de la historia americana, que los estudiosos podrán utilizar provechosamente y en los cuales la juventud encontrara una fuente generosa de saber que la orientara por los caminos de la solidaridad y de la unidad espiritual del continente americano, para bien de la humanidad y de la ciencia.

Con ocasión de la reunión en Cuenca de la IV Reunión de Consulta de la Comisión Permanente de Historia de América. Enero 20 de 1959.

ALFREDO PÉREZ GUERRERO

No es ésta una mera ceremonia para llenar un compromiso de orden social, de camaradería o de amistad, de aquellas a las que estamos habituados y que ninguna huella dejan en el espíritu. No. Este es un acto de clara y profunda justicia para uno de los valores humanos más elevados de la patria, maestro benemérito, ilustre rector universitario, docto jurista, escritor vigoroso y medular, legislador sapiente, ciudadano ejemplar. Porque todo esto, y además hombre de bondadoso y delicado espíritu, es el doctor Alfredo Pérez Guerrero, a quien rendimos hoy un homenaje nacional en reconocimiento de sus altos merecimientos.

Maestro benemérito, en efecto, el doctor Pérez Guerrero desde su primera juventud se dedicó a aleccionar a los adolescentes del Instituto Mejía, en las disciplinas de la moral y del civismo y en las del conocimiento de nuestra rica y expresiva lengua castellana. Su elevado sentido de la responsabilidad docente rebasó los deberes ordinarios de su clase, enriqueciendo la literatura didáctica con valiosos textos utilizados con evidente provecho por varias generaciones de colegiales.

Luego por muchos y fructíferos años, en la cátedra de Derecho Civil de la Universidad Central ha sembrado en los espíritus juveniles de sus numerosos alumnos la semilla de la justicia y de la libertad, metas del conocimiento cabal de las virtualidades del derecho en función de la convivencia pacífica de los hombres. Su palabra serena, clara, convincente, iluminada por el saber y por la inteligencia, ha guiado por los caminos del derecho a varias generaciones de jóvenes que nunca olvidarán las lecciones del insigne maestro que junto al brillo de la mente mostró las excelencias de su corazón.

Tampoco en la cátedra universitaria se limitó a la transmisión oral de sus profundos conocimientos en la ciencia del derecho, sino que escribió y publicó libros fundamentales de su especialidad que han venido a enriquecer el acervo científico nacional.

Rector de la ilustre y varias veces centenaria universidad quiteña ha convertido el ejercicio de tan elevada dirección intelectual —maestro por excelencia como es— en cátedra de altas lecciones de honestidad, de rectitud, de actividad incansable por el progreso de la insigne Casa de Estudios que le confió la grave responsabilidad de su gobierno. Ustedes que están más cerca de ella saben mejor que yo cuánto es lo que al doctor Pérez Guerrero debe la Universidad Central en afianzamiento de su autonomía, en robustecimiento de su economía, en construcción material y espiritual de sus bases profundas para una larga vida de triunfos. Piloto diestro y valeroso, sereno y seguro de sí mismo, ha sorteado victoriosamente graves escollos, tempestades y tormentas amenazantes, y la sigue enrumbando, firme el brazo y el corazón entero, por rutas de dignidad y de decoro.

Sus cuadernos de bitácora de esta "aventura del espíritu" son sus libros que recogen sus orientadores discursos universitarios, sus firmes intervenciones parlamentarias, sus inquietudes de conductor y de maestro, sus preocupaciones de eminente ciudadano de la patria y del mundo. Ellos marcan el sentido ascensional de su ruta y el itinerario de su lucha victoriosa. En ellos queda la indeleble huella de su espíritu equilibrado y armonioso, a la vez que firme y acerado.

Cuando un Ministro violento y amenazante se dirigió en tono agresivo a la Universidad regida por él, le respondió con estas ejemplares palabras:

No quiero ver, señor Ministro, en su nota una amenaza contra la Universidad ni contra su autonomía. No quiero creer que un hombre culto, un hombre universitario de tan elevados dotes de talento amenace a la Universidad. Los problemas universitarios no pueden ser abordados ni resueltos con medidas policiales ni por medio de la fuerza. Pero si la amenaza existe, es preciso que usted sepa, señor Ministro, que la Universidad no se doblegará ni humillará nunca. La Universidad podrá ser clausurada o destruida; no tiene ni quiere tener ninguna fuer-

za material para impedirlo. Pero mantendrá siempre su dignidad, porque la dignidad es su esencia y su grandeza.

Palabras que traducen nítidamente su sereno valor cívico y su fe en los valores del espíritu contra las arrogancias del poder y de la fuerza.

Su actuación como legislador en el Senado de la República se ha señalado por su entereza, por su rectitud, por su sabiduría y por su moderación. Sus trascendentales intervenciones en defensa de las universidades y de su autonomía, de la educación laica, de las instituciones democráticas, de la libertad y de la justicia, le señalan un puesto de primera fila entre los combatientes por el progreso de la patria y por la dignidad del hombre ecuatoriano.

Las universidades y las instituciones educativas todas, en sus diferentes niveles, deben a su labor parlamentaria constante y tenaz un efectivo mejoramiento al contar con mayores recursos financieros para el cumplimiento de su altísima misión social.

Ha señalado así el doctor Pérez Guerrero el único camino para el firme y seguro desenvolvimiento de nuestro país. Mientras los poderes del Estado no coloquen a la educación pública en el primer plano de la atención financiera y no le asignen la mayor nota de los ingresos nacionales, seguiremos debatiéndonos en la ignorancia, en la miseria, en la inopia, y seguiremos soportando la vergüenza de que nos cuelguen el sambenito de país subdesarrollado. La formación cabal del hombre ecuatoriano, liberado de la ignorancia y de la rutina, artífice de su futuro, constructor de una nueva patria asentada sobre los cimientos incommovibles de la justicia y de la libertad, es la primera y grandiosa tarea del Ecuador de hoy. Mientras no lo comprendan así sus gobernantes y no actúen en función de esta tarea gigantesca; mientras sigan regateando a la educación pública sus pobrísimas asignaciones fiscales y sigan demostrando en los hechos, ya que no en las palabras, que el maestro es el "representante del hambre nacional" como dijo un insigne periodista cuencano, no podremos esperar una transformación profunda de nuestros viejos males ni imprimir un ritmo acelerado a nuestra marcha progresiva.

Así ha entendido su misión de maestro y de legislador el doctor Pérez Guerrero, y merece por ello bien de la patria y reconocimiento justiciero de sus compatriotas todos, y en especial de las instituciones educaciona-

les y de cultura del país, presentes en el homenaje de hoy para aplaudir su acción incansable por la educación y por la cultura y darle su voz de aliento y de estímulo para mayores luchas y nuevas victorias en sus campos fecundos.

Ha sido para mi un singular honor traer a este severo recinto universitario la voz múltiple y unánime de centenares de instituciones culturales y educativas del Ecuador que reconocen vuestra ejemplar obra de maestro, de legislador y de jurista, señor doctor Pérez Guerrero, y os agradecen por ella y os aplauden de todo corazón.

Y junto a estas voces múltiples, la voz singular de la Universidad de Cuenca, que aquilata más de cerca vuestros singulares méritos, y, por último, la voz personal, modesta y cordial, de este vuestro amigo y compañero de afanes y de luchas.

Homenaje Nacional al ilustre Rector de la Universidad Central. Quito, Junio 25 de 1959

ARMONÍA DE LA TÉCNICA Y EL HUMANISMO

Cumplida una tregua más en esta permanente batalla por la cultura que es la educación, sean bienvenidos a nuestro campo los viejos y los nuevos combatientes, los jefes experimentados en cien combates, los soldados veteranos que saben de las victorias y de las derrotas y los nuevos conscriptos que vienen a reforzar este frente de lucha cotidiana contra la ignorancia, el prejuicio, la barbarie y la sombra que es la Universidad.

Bienvenidos porque los unos y los otros traen a los nuevos combates por la ciencia y la cultura una carga de frescas energías para la lucha y una tensa voluntad de triunfo, sin las cuales no podríamos pensar en la victoria.

Bienvenidos los maestros que aportan a la difícil obra de la educación superior el caudal de su saber y de su cultura, enriquecidos día a día por los nuevos aportes del estudio y de la investigación sin cansancio y sin desmayo, y los dones de su personalidad formadora de espíritus juveniles para el ejercicio del bien y de la virtud.

Bienvenidos los jóvenes alumnos que traen a la Universidad el tesoro de su entusiasmo, de su curiosidad por conocer los secretos del mundo y de la vida, de su voluntad de conquistar la verdad, de su decisión de ser útiles a los demás por la solidez de sus conocimientos y la aplicación de la ciencia y de técnicas escogidas para su formación profesional.

Porque sigue siendo actual para las Casas de Estudio la vieja definición de Alfonso el Sabio en las *Partidas*: "ayuntamiento de maestros e de escolares que es fecho en algún lugar con voluntad, e entendimiento de aprender los saberes".

La convivencia de maestros y alumnos, unidos por la persecución de

un común objetivo que es el saber y la cultura para el bienestar del hombre y de la sociedad: no es otra cosa la Universidad. Y su función será cumplida con tanta mayor eficacia en cuanto los maestros procuren ser cada día mejores maestros y los alumnos mejores alumnos, por la dedicación al estudio y por el cumplimiento severo de sus respectivos deberes, que son la única fuente de sus derechos, como dijo agudamente en alguna ocasión el Mahatma Gandhi.

Y el primer deber de maestros y de alumnos, consignado de modo expreso en el nuevo Estatuto de nuestra Universidad, es el de "mantener y acrecentar la dignidad, la ética y el prestigio" de la misma.

Todo acto que afecte a la dignidad de la Universidad o que vulnere en alguna forma la ética universitaria es una verdadera traición a los ideales de la misma, y quienes, siendo universitarios, lo cometan se hacen indignos de pertenecer a la Universidad.

Y no son universitarios únicamente los actuales profesores y alumnos de la institución sino todos cuantos han pasado por ella, dando y recibiendo luces y han obtenido en ella el crédito para el ejercicio de una profesión liberal, ante todo para mostrar en tal ejercicio la pulcritud y la rectitud de una conducta ajustada a la ética más severa.

No creo que recordar estas normas fundamentales de la vida universitaria e insistir en ellas esté fuera de tiempo y de lugar en esta noche y en esta aula magna en que nos encontramos congregados con motivo de la iniciación de un nuevo curso lectivo.

Y subrayarlas, precisamente para que los nuevos estudiantes mediten en ellas, midan su alcance trascendente y las asimilen de tal manera que las cumplan en todos los actos de su vida universitaria y de su vida social.

Insistir en la necesidad de observarlas y de utilizarlas como un escudo de defensa contra las variadas e insistentes solicitudes a que están expuestos los jóvenes, sea durante sus estudios, sea en su vida profesional, para menospreciarlas y desacatarlas, con los engañosos señuelos de la riqueza, del poder, del éxito fácil, que les ofrece un mundo desquiciado y en crisis, como el que vivimos.

La educación superior, que aspira a formar hombres cabales, en la precisa y exacta significación del término, es decir, seres equilibrados física y espiritualmente, dueños de una amplia cultura general que les permita una visión certera del mundo y de la vida, a la vez que poseedores de una especialización científica y técnica capaz de dominar las fuer-

zas de la naturaleza o de la sociedad que se opongan al bienestar general, tiene que asentarse sobre bases sólidas de principios de validez universal, de valores humanos trascendentales, que eleven la personalidad y alumbrén las rotas de la historia.

Mas, asistimos ahora a una transformación revolucionaria de la vida humana en toda la extensión de la tierra, que anula y destruye valores tradicionales y crea nuevos valores provistos de una gran fuerza de expansión y de acción humanas. De allí la complejidad y la dificultad de la obra educativa en nuestro tiempo de crisis, de catástrofe destructora de un orden ya caduco y de alumbramiento de un orden nuevo.

¿Como precisar los valores en que ha de fundarse la educación del hombre que ha de hacer frente a este nuevo mundo que nace, cuyas características apenas se vislumbran?

¿Cuales valores podrán sobrevivir en la nueva era histórica y cuáles serán definitivamente enterrados?

Pocas mentes humanas alcanzarán la claridad y la penetración extraordinarias que se necesitan para explorar victoriosamente entre las sombras del futuro cercano. Y de esas mentes lucidas es preciso ayudarse para tratar de resolver este problema axiológico íntimamente vinculado con la educación de las nuevas generaciones, especialmente en el nivel superior.

Esta circunstancia agranda y acentúa las responsabilidades, graves de por sí, de los maestros universitarios, obligados por ella a explorar nuevos y brumosos caminos para llevar por ellos, con el tacto y el cuidado extremados que su misión les exige, a los jóvenes estudiantes en busca de la verdad y del bien.

Y obliga a la vez a los estudiantes a consagrarse con más fervor y decisión al estudio y a la meditación, por la mismo que el saber tradicional, y por ello más fácil de alcanzar, ha sufrido serias averías.

El mundo moderno esta lleno de antinomias, de contradicciones, reales o aparentes, y la tarea principal de los hombres de hoy, singularmente de los hombres de estudio y de los maestros, consiste en hacer un esfuerzo gigantesco por reconciliar las ideas, equilibrar las fuerzas, reducir los conflictos entre los hombres y entre los pueblos.

Y este esfuerzo de reconciliación requiere de un elemento unificador, que es preciso buscar en el hombre mismo, que es el primer interesado en esta armonía de lo aparentemente contrario.

Para restablecer el equilibrio y la armonía se requiere de una subordinación y de una jerarquización de valores. Y un valor que debe dominar a los demás, servir de centro de referencia para apreciar las instituciones, las ideas y los hechos, para orientar rectamente nuestra acción es la persona humana.

El progreso, en todos los órdenes, no debe concebirse sino por el enriquecimiento de las personalidades. Lo político, lo económico, lo social; el dominio del trabajo, de la educación, de la instrucción deben medirse por la dignificación que ellos aporten al ser humano. Si no, el hombre está en peligro de ser la víctima de su propia inteligencia y de sus maravillosos descubrimientos, al rehusar el ordenamiento de esa inteligencia y de esos descubrimientos para el bienestar de su persona y de la persona de sus semejantes.

Una persona es más que un individuo. Es todo el hombre con su originalidad esencial.

El egoísmo, la violencia, la venganza, son vicios del individuo. La generosidad, el amor, el perdón, son virtudes de la persona.

En los dominios de la formación universitaria se tiende actualmente a conciliar armoniosamente dos corrientes que durante mucho tiempo han luchado entre sí, como tendencias contrarias de la educación del hombre: la corriente humanística o de la cultura y la de la técnica.

Se han atribuido a la técnica muchos de los males que aquejan a la humanidad contemporánea: la desocupación, el hambre, la guerra, las enfermedades. Se ha señalado al técnico como al nuevo bárbaro capaz de destruir a sus semejantes. Y no faltan motivos para dar la razón a quienes así piensan.

Pero estos males no se deben a la técnica en sí, sino a la desviación de los fines a los que la técnica se aplica. El progreso de la técnica no significa necesariamente un empobrecimiento del humanismo y de la cultura. La técnica debe estar al servicio del hombre y no el hombre al servicio de la técnica, para convertirse en su víctima.

Si la técnica, o sea la sucesión de procedimientos utilizados por las artes y las ciencias aplicadas para obtener un resultado cualquiera, se pone al servicio de la persona humana, para mejorarla y enriquecerla, bien venida sea. Pero ello depende del hombre mismo, de su actitud frente a los hechos y a las cosas que le rodean. El progreso de la técnica no se opone necesariamente al progreso del hombre, sino en la medida en que

el hombre se olvide de si mismo y de sus semejantes, dominado por los objetos y las fuerzas que la ciencia y la técnica crean.

Para ello, el hombre debe dominar la técnica y dirigirla a la realización de las más nobles aspiraciones humanas, y para dominarlas y dirigirlas a la elevación de la persona humana debe ser un hombre culto, formado en las disciplinas humanísticas, que tienen por centro de interés el conocimiento y perfección de esa persona.

Es así como el humanismo y la técnica no se oponen radicalmente entre sí, antes se complementan y coordinan armoniosamente en una educación plena del hombre.

En el mundo moderno, que tan prodigiosos avances ha hecho en el dominio de las ciencias y de las técnicas, la Universidad no puede menospreciarlas, sino antes esforzarse por dominarlas y conocerlas plenamente, pero a la vez tiene que ser celosa transmisora de las disciplinas humanas, de aquellas que giran en torno de la persona humana, del hombre y de su destino, para que la ciencia y la técnica sean las siervas del hombre y no sus amos, para que las maravillosas fuerzas que la naturaleza ha puesto en manos de los hombres sean utilizadas para su progreso, para su comodidad, para su liberación, no para su destrucción y su muerte.

En los dominios de educación, la técnica ha adquirido en nuestros días una importancia creciente, a pesar de quienes ven en ella una amenaza contra la libertad y la personalidad. Desde la orientación y la selección profesionales para descubrir la vocación personal hasta las múltiples aplicaciones de la psicología y de la sociología en los procesos educativos. Pero todo ello en función de la persona del educando, del hombre, cuya personalidad es preciso respetar y enriquecer con el uso de las nuevas técnicas pedagógicas, que son medios para el progreso de la educación y no sus fines. Es lo que olvidan quienes tienen una formación cultural, humanística, deficiente o nula.

Solamente de una feliz armonización del humanismo y de la técnica, que la Universidad está llamada a realizar en el mundo actual, mecanizado y revuelto, surgirá la solución de múltiples problemas que embargan y desconciertan al hombre de nuestro tiempo, amenazado en su existencia misma sobre el haz de la tierra por la deshumanización de la ciencia y de la técnica.

Ese equilibrio y armonía, que será un triunfo del espíritu humano en su lucha milenaria por el dominio de las fuerzas naturales, traerá a la

humanidad una larga era de bienestar y de progreso en la que podrá realizar más plenamente que hoy los valores más altos de la persona humana, liberada de la angustia, de la miseria, de la enfermedad y la injusticia.

Aportemos a esta tarea humana de tan inmensas proporciones y proyecciones nuestros modestos esfuerzos de maestros y de estudiantes desde las aulas, las bibliotecas, los gabinetes y los laboratorios de nuestra querida universidad cuencana en este nuevo ciclo de estudios.

Que nuestros cotidianos quehaceres universitarios lleven el aliento vivificador que les infunda la convicción de que somos todos obreros de una gran tarea de liberación del hombre por la cultura y el saber.

Octubre 15 de 19 61

ENSEÑAR Y APRENDER CON PASIÓN

Hoy hemos comenzado un nuevo año de estudio en esta Universidad. Una vieja tradición, no exclusivamente nuestra, nos manda reunir en el aula magna, con este motivo, a profesores y estudiantes, autoridades y amigos de la cultura, con el objeto de renovar nuestros propósitos de estudio, de expresar las nuevas inquietudes espirituales que la marcha del tiempo pone en nuestro camino, de vigorizar la fe en la cultura y en la educación del hombre, de plantear los viejos y nuevos problemas de la enseñanza universitaria, de estimular los esfuerzos de los que acaban de pasar por estas aulas y de meditar con hondura en la trascendencia de la obra que a la Universidad le está confiada.

Mis palabras iniciales de este acto serán breves y sencillas. Y las primeras, de enhorabuena a todos los maestros y alumnos que vienen nuevamente a esta Casa, luego de justificado descanso, a continuar su faena de estudio y de trabajo, de enseñanza y de aprendizaje cotidianos. No a consumir improductivamente el tiempo en quehaceres rutinarios y estériles, desprovistos de espíritu vivificante, sino a emplear a fondo sus facultades todas en una obra fecunda de formación espiritual y de asimilación de saberes que corresponda a las auténticas necesidades de una educación superior.

La ciencia avanza a pasos gigantescos en nuestros días y obliga por lo mismo a los profesores a revisar constantemente su equipo de conocimientos para no quedar rezagados y para poder dirigir a sus alumnos por los caminos del estudio y de la investigación.

Y la necesidad de una formación seria y responsable en los diferentes campos del conocimiento exige de los estudiantes una dedicación a

fondo para que pueda dominarlos y utilizarlos después en beneficio de la colectividad.

Yo diría que unos y otros tienen que poner una buena dosis de pasión en sus labores docentes y dicentes, sin la cual la obra educativa se torna en fría rutina y en pasatiempo estéril y dañino. Pasión en el maestro por despertar y vigorizar los espíritus juveniles y pasión en el estudiante por dominar las disciplinas libremente elegidas. Sin apetito de estudio no hay formación universitaria cabal, plena nutrición del espíritu, como no hay nutrición del cuerpo sin apetito para los alimentos.

La pasión de enseñar y la pasión de aprender han de conjugarse en la Universidad de tal manera que su resultante sea una permanente y sólida unidad de propósitos de superación constante que mantenga la armonía natural indispensable en una empresa de cultura y de elevación humana que es, en definitiva, la Universidad. Y el maestro no solamente enseña en sus lecciones a los alumnos, sino que aprende de ellos lecciones perdurables de amor a los estudios, de pasión por la justicia, de desinterés y de fervor por las nobles causas.

A maestros y alumnos está confiada la obligación de mantener en la Universidad el ambiente de armonía, de comprensión, de respeto a las ideas, de tolerancia, de inquietud fecunda y positiva por el descubrimiento de la verdad, sin el cual no podría cumplir satisfactoriamente su elevada misión social.

Los tiempos que corren en nuestra patria y en el mundo todo, reafirman la necesidad de robustecer esta civilizada convivencia de los hombre y de las ideas en el recinto de la Universidad e irradiarla a toda la colectividad. Cuando la intolerancia, el fanatismo ciego, la violencia, el eclipse de la razón, el desborde de los apetitos materiales y las pasiones negativas amenazan con disolver la sociedad civil y volver a la lucha salvaje de las cavernas, es preciso que la Universidad demuestre la posibilidad y la necesidad de la competencia civilizada de las ideas y de los principios, de la discusión razonada, del respeto a las convicciones ajenas y a la personalidad de todos los hombres.

Y no es que la Universidad ha de ignorar los agudos problemas sociales, económicos y culturales que sacuden actualmente a los pueblos y les tornan en un mar tempestuoso con oleajes amenazantes, y ha de cerrar sus puertas y proteger sus claustros de la agitación en torno.

Por el contrario, la Universidad ha de estudiar con hondura aquellos

problemas y ha de alumbrarlos con la luz de la ciencia y de la inteligencia para contribuir a su solución acertada y oportuna. Y ha de ofrecer a la sociedad un ejemplo de que la discusión de los más difíciles problemas humanos puede mantenerse en un plano de sereno raciocinio y de leal competencia de principios.

La intransigencia, el fanatismo, el sectarismo, no pueden tener cabida en esta Casa de Estudios, porque serian su negación y su ruina. Todos estamos obligados a preservarla de tan dañino contagio y a mantenerla sana, aireada, clara, equilibrada y serena.

Cerca de cien años vive nuestra Universidad. Sujeta, desde luego, a los vaivenes de la vida nacional, lánguida casi siempre, tormentosa a veces, nunca plena. Las energías y recursos nacionales se han malgastado, en gran parte, en luchas casi siempre estériles y en objetivos no siempre acertados. La educación no ha constituido, ciertamente, una preocupación fundamental de nuestras clases gobernantes. En todos sus niveles ha seguido una marcha lenta, retrasada, débil.

Por esto pasamos por la vergüenza de mantener hasta hoy un porcentaje altísimo de analfabetismo y de ignorancia en nuestro pueblo y por eso carecemos de los científicos y de los técnicos necesarios para el desarrollo económico del país, gravemente retrasado todavía.

El porcentaje efectivo de los recursos financieros del Estado empleados en la educación del hombre ecuatoriano fue siempre bajísimo.

Y aunque ha mejorado algo en los últimos años, sigue siendo insuficiente para cubrir todas las necesidades crecientes de la formación del niño, del adolescente y del joven ecuatoriano.

Y cada día es más clara la conciencia nacional sobre la necesidad de colocar la educación en el primer plano de importancia si queremos levantar sobre bases firmes la construcción de la patria ecuatoriana. La mejor inversión es la que se destina a la elevación del hombre, que es la medida, al fin, de todas las cosas. Con hombres analfabetos, ignorantes, incultos, jamás podremos hacer una nación próspera y vigorosa.

La educación superior, confiada a las universidades, es la coronación de la obra de formación del hombre ecuatoriano.

La transmisión de la cultura, la investigación científica, la formación de profesores y la rectoría del progreso social de la colectividad, que constituyen la misión de la Universidad requieren, para su cumplimen-

to cabal, de amplios recursos financieros, que el Estado debe proporcionarle sin regateos y sin limitaciones. Requiere también de libertad y de autonomía en su funcionamiento.

Y si bien nuestras universidades han conquistado ya la libertad académica y la autonomía funcional y administrativa, con las que han podido dar un vigoroso impulso a los estudios, les falta la suficiencia financiera para atender a sus fundamentales necesidades de personal docente, de edificios adecuados, de gabinetes, de laboratorios, de instalaciones modernas, de bibliotecas y de servicios sociales.

Y en este aspecto, la Universidad nuestra es de las menos favorecidas por el Estado. Sus numerosas facultades y escuelas, sus institutos anexos, se ven constantemente detenidos en su afán de progreso por las limitaciones de su escaso presupuesto, que resulta así un mecanismo deformante para un organismo en pleno crecimiento y desarrollo.

Por esto, nuestra Universidad, por la voz de todos los elementos que la constituyen, dirigentes, catedráticos, estudiantes, tiene que mantener una permanente campaña de reclamo a los poderes públicos para que le provean de las sumas de dinero necesarias para el pleno cumplimiento de sus fines.

Y no es que este reclamo sirva de excusa para la inacción y la rutina. Todos debemos complacernos de los progresos que nuestra Universidad ha realizado, en medio de su pobreza de medios económicos, por la obra de su personal directivo, administrativo y docente. Mas, no podemos estar satisfechos plenamente, mientras no consigamos una dotación de recursos suficientes para completar el personal docente y de investigación y para formarlo mediante cursos de perfeccionamiento en el exterior, para completar el plan de edificaciones, para enriquecer las bibliotecas, para instalar nuevos gabinetes y laboratorios y para mejorar los actuales, para emprender en una amplia labor de divulgación de publicaciones científicas y para vincularnos decorosamente al movimiento universal de elevación de la educación superior.

A la vez que este clamor permanente de una justa y suficiente asignación de fondos a la Universidad, es obligación de todos los que la formamos laborar incansablemente por perfeccionarla dentro de las inevitables limitaciones a que estamos sujetos.

Profesores y estudiantes debemos empeñarnos en profundizar la

enseñanza y los conocimientos, combatiendo la superficialidad. No es hombre culto el que es incapaz de penetrar en la entraña de los problemas con la luz de la inteligencia propia por divagar extensamente sobre la hojarasca de la superficie. La cultura superior es cultura en profundidad más que en extensión.

Por una tendencia que viene desde la escuela primaria y se prolonga en el colegio secundario, nuestra enseñanza es, por lo general, pasiva, acumulativa, de mera recepción. No estimula la actividad del educando, no despierta sus propias facultades de examen y de crítica, no desenvuelve las capacidades creativas del alumno, al que convierte en mero receptor de conocimientos ajenos a cuyo descubrimiento nada aporta. De esta manera se malogran las más claras inteligencias y se embotan las más creadoras facultades del espíritu. Es preciso reaccionar en la Universidad contra esta tendencia maligna y utilizar métodos activos, que contribuyen a descubrir en el alumno sus virtualidades propias, su capacidad de participación vital en la elaboración de los conocimientos. Combatir constantemente la pasividad estudiantil, que le lleva a la copia servil y al mínimo esfuerzo, cuando el verdadero aprendizaje requiere el ejercicio de todas las facultades del espíritu y el estímulo de la propia creación. En gran parte, por estos vicios de la educación carecemos de investigadores y de científicos, capaces de buscar y encontrar nuevas verdades que impulsen el progreso humano. Se han acostumbrado nuestros educandos a que el profesor les entregue un conjunto de nociones ya hechas y elaboradas, que puedan contenerse en un breve cuaderno de apuntes que las sucesivas copias alteran y deforman, mientras los libros permanecen vírgenes en los estantes de las bibliotecas.

El estudio sistemático de una disciplina del conocimiento exige la continuidad y la perseverancia, como toda obra duradera y firme. Las continuas interrupciones del estudio, con los más variados y fútiles pretextos, constituyen un factor negativo de proyecciones muy graves en el porvenir de la juventud que busca su formación. El calendario lectivo, de por sí bastante limitado, se reduce de esta manera con irreparable daño para la enseñanza. Rectifiquemos tan perjudicial desvío y hagamos del trabajo constante en la Universidad un culto.

Si todos nosotros, los que tenemos puestos directivos y los que sin ellos ejercen la docencia, los estudiantes y sus organizaciones tomáramos

nuestras tareas con plena responsabilidad y no como una actividad rutinaria y vacía; si todos los diferentes organismos y dirigentes vigilaran constantemente la marcha de la Universidad y de sus facultades y escuelas, aprovechando toda oportunidad para impulsar su progreso, eliminar los factores negativos y estimular los factores positivos, su ruta ascensional estaría asegurada.

Octubre 8 de 1962

LA UNIVERSIDAD Y SUS ADVERSARIOS

Nuevamente las aulas de la Universidad se han abierto para recibir a profesores y alumnos que iniciamos hoy un curso mas de estudio al amparo de esta casi centenaria madre espiritual que es para nosotros la universidad cuencana.

Sean todos bienvenidos para reiniciar las nobles y duras faenas del estudio y del esfuerzo creadores.

Me ha correspondido una vez más, la última, el privilegio de abrir este curso universitario con estas palabras iniciales, que quiero que sean de reafirmación de mi fe en la educación de la juventud y en su fuerza renovadora de la vida social y de viva preocupación por el futuro de la Universidad en función del porvenir de la patria.

Sin que yo acierte a explicármelo satisfactoriamente, por obra, en gran medida, de la benevolencia de mis compañeros y de la generosa actitud de varias generaciones de estudiantes, he tenido la suerte de presidir, por casi cuatro lustros, los destinos de esta ilustre Casa de Estudio, vinculada de esta manera a una buena parte de mi vida y, por lo mismo, objeto de mi constante inquietud por su presente y su futuro.

En estos días confusos y agitados, la Universidad ha sido motivo central de las mas variadas y contradictorias apreciaciones de la opinión pública nacional. Se le ha atacado con saña sospechosa, responsabilizándole de males sin cuento. Hay quienes le han acusado de ser centro de actividades de política partidista. Se ha llegado a afirmar el fracaso total de la educación superior y de sus directivas, proclamando, con mal disimulado gozo, el fracaso de la inteligencia y de los intelectuales.

No han faltado voces de defensa y de comprensiva simpatía para la obra universitaria. Las mismas universidades —pues me refiero a todas las universidades nacionales—han hecho un balance de su obra y con él se han defendido de injustas acusaciones. Más que las palabras, valen las obras y ellas son el mejor y más elocuente abogado ante el tribunal de la pública opinión.

Con profunda satisfacción puedo afirmar que a nuestra Universidad no se le han dirigido ataques directos y singulares, si bien no han dejado de englobarla en los generales enderezados contra la Universidad ecuatoriana.

Su respuesta ha sido de elevada y serena dignidad, que es la actitud que corresponde a una institución consciente de su responsabilidad y de la rectitud de sus procedimientos.

Un tranquilo análisis de esta agitada campaña contra la Universidad ecuatoriana, nos llevaría a comprender que gran parte de ella ha sido impulsada por la pasión política partidista, por rencor personal contra sus dirigentes, por el estallido de ambiciones largo tiempo insatisfechas, por odiosidad subconsciente a la cultura; pero que otra parte obedece a una falsa apreciación de hechos o fenómenos sociales contemporáneos y a una equivocada interpretación de los mismos.

Todos los pueblos, con mayor o menor intensidad, están sacudidos por un movimiento revolucionario que ha cambiado ya o trata de cambiar fundamentalmente la estructura socio-económica sobre la que se ha asentado la vida colectiva de los últimos siglos. Voces que claman de todos los campos ideológicos coinciden hoy en señalar la injusticia y la inoperancia de esas viejas estructuras incapaces de ofrecer al hombre la satisfacción plena de sus necesidades materiales y espirituales. Pero las viejas estructuras, fuertemente arraigadas y todavía poderosas en su dominio multiseccular, se defienden con múltiples armas, directas e indirectas, y atacan desesperadamente a las fuerzas que intentan derrocarlas.

Esta lucha a muerte conmueve a todas las naciones y repercute en todas las instituciones sociales. En veces se manifiesta en forma soterrada, silenciosa, oculta; en otras, de manera franca, decidida, directa. Esa fuerza defensiva pugna por dominar todos los campos en que está entablada la lucha y se esfuerza en silenciar todas las voces denunciadoras de la verdad y de la injusticia.

La juventud, por imperativo biológico y sociológico, especialmente la juventud que estudia y trata de penetrar en la complicada urdimbre de los fenómenos humanos, aunque anhelante e insegura todavía frente a la diversidad de los caminos que se le ofrecen, se coloca naturalmente en el campo donde operan las fuerzas renovadoras de la sociedad con el fervor, la pasión y el ímpetu propios de su edad.

La Universidad constituye por esta razón un crisol en el que se purifican los anhelos y los ímpetus justicieros de la juventud y en el que se decanta, con el estudio y el trabajo intelectual, la verdad del hombre actual, colocado en la encrucijada histórica de una nueva era. Por esto, todas las universidades del mundo, y especialmente las de nuestra América Latina, son focos de agitación y de inquietud abiertos a las realidades de un mundo en proceso de transformación revolucionaria. Y es precisamente la Universidad la llamada a encauzar y disciplinar esa poderosa fuerza renovadora de la juventud a fin de capacitarla para la edificación de las nuevas patrias renovadas y purificadas de seculares injusticias.

Esta misión de la Universidad actual es, indudablemente, una misión de elevada política social, por encima de los partidos que se disputan el gobierno de los pueblos. Y a menudo se la confunde, de buena o de mala fe, con la política de partido, ajena a su misión orientadora y formadora del hombre para su actuación en la sociedad actual y futura inmediata.

"Nunca he creído que la Universidad debe ser una alta torre de marfil, aislada del mundo circundante e indiferente a los sagrados y palpitantes problemas que en ese mundo se ventilan —me permití expresar a una organización estudiantil con ocasión de un mal entendido que era mi obligación desvanecer—. Al contrario, creo que especialmente en nuestros países latinoamericanos, corresponde a las universidades una misión política de elevada categoría, aunque por encima de las competiciones partidistas: la misión de ser guía de la colectividad en su esfuerzo por la conquista de la justicia en las relaciones humanas y en el desenvolvimiento de las fuerzas creadoras de la sociedad. Pero esta misión no puede cumplirse sino con la luz de mentes iluminadas por el cabal conocimiento de los hechos sociales y de los complejos fenómenos de la vida y del mundo, y con voluntades firmes, forjadas en el crisol del esfuerzo y del sacrificio diarios".

Y precisamente en cumplimiento de esta misión ineludible de la Universidad es que ella está obligada a estudiar objetivamente las transformaciones sociales y, en consecuencia, a adaptarse a las nuevas necesidades que esas transformaciones crean. Lo que se llama crisis de la Universidad no es otra cosa que la urgencia de modificar su estructura para que pueda hacer frente a una colectividad necesitada de acelerado crecimiento y transformación.

Se ha dicho que la Universidad ha cumplido ya, bien o mal, su misión humanística y que de hoy en adelante le corresponde cumplir una misión técnica o de formación de técnicos que impulsen el desarrollo económico.

Entendámonos bien para evitar equívocos que pueden destruir la Universidad.

Nunca puede la Universidad, sin negar su esencia misma y su razón de ser, renunciar a la formación humanística o de cultura general de sus educandos para que éstos puedan alcanzar una visión general y unificada de los fenómenos del mundo y de la vida que les permita utilizar mejor los conocimientos especializados de su profesión y aplicar la técnica adquirida. Sin cultura general o humanística no hay universidad digna de tal nombre. Formar técnicos que dominen exclusivamente un sector reducido del conocimiento y lo apliquen con destreza puede ser la finalidad de escuelas superiores, de escuelas politécnicas y aún de escuelas especiales de nivel medio. Pero la verdadera formación de hombres cultos, que a la vez dominen una especialidad y una técnica en alto nivel, corresponde a la Universidad. No cabe, por tanto, que la Universidad dé preferencia a la técnica sobre la cultura general, sino que adapte su mecanismo académico a fin de conseguir el desarrollo armónico de la cultura y de la técnica.

Cosa diversa sería afirmar que la Universidad ecuatoriana necesita de reformas fundamentales para afrontar victoriosamente sus graves tareas en una sociedad necesitada de acelerado desarrollo, precisamente para poder cumplir aquella elevada misión de guía de la colectividad en su anhelo de justicia y de conquista de los bienes de una vida digna del hombre.

El profesor Rudolph Atcon en un reciente ensayo, lúcido y descarnado, afirma sobre la Universidad Latinoamericana.

El microcosmos de la universidad refleja fielmente el macrocosmos de la sociedad en conjunto. Es, por tanto, el mejor y más económico punto de partida para cualquier cambio social. Además, el cambio genérico es más eficiente y más lógico que el cambio fragmentario. Mucho depende del punto de intrusión dentro del organismo social, de ese punto desde el cual una alteración efectiva puede propagarse uniformemente en todas direcciones y hacia todos los niveles del grupo social. En mi opinión, la Universidad puede considerarse como un punto de partida ideal, si la consideramos como un gene social.

El Estado ecuatoriano tiene que convencerse de que el desarrollo socio-económico del país está en función directa del desarrollo educativo, sin el cual todos los planes fracasarán ruidosamente. "Precisamente es la sociedad menos favorecida, la menos desarrollada, la menos adelantada técnica e industrialmente, la sociedad tradicional en un nivel bajo de equilibrio económico, la que más necesita hacer fuertes inversiones en educación", dice el mismo profesor Atcon, y agrega: "Los mejores planes son inútiles sin contar con la gente. Y el desarrollo de este continente depende, primero que todo, del desarrollo de sus propias gentes. Es el factor humano, el factor humano local y no el importado, el que a la larga deberá no sólo mantener las máquinas y las ideas importadas, sino también, imaginativamente, innovar, inventar y descubrir otras nuevas, concebidas específicamente para la satisfacción de las necesidades locales y de las condiciones locales. Entonces, y sólo entonces, un pueblo, una sociedad, una nación llega a ser realmente libre, realmente independiente".

Y las profundas modificaciones que las universidades nuestras necesitan urgentemente dependen, en gran parte, aunque no totalmente, de las asignaciones que el Estado está obligado a destinar de los fondos nacionales a la educación superior. Es la mejor inversión para una futura cosecha de progreso y de bienestar.

Con lo cual no quiero decir que nuestra Universidad deba permanecer pasivamente en espera del incremento de sus recursos financieros para plantear su reforma. Al contrario, debe emplearse a fondo en el estudio de las necesarias transformaciones que ella necesita y realizarlas sin pausa y sin prisa.

Tampoco pretendo decir que nuestra Universidad haya descuidado de efectuar las reformas posibles y necesarias en varios aspectos de su vida docente, académica y administrativa. Sino que el tiempo presente y el futuro inmediato nos acucian con nuevas y urgentes necesidades de cambio, que es preciso afrontar con ánimo vigoroso y resuelto.

Aspiro a que el curso universitario que iniciamos hoy, con este acto severo que es ya tradicional en esta Casa, sea fecundo en frutos de saber, de estudio, de trabajo, de disciplina consciente, de enriquecimiento espiritual, en suma.

Lo conseguiremos si todos, maestros y alumnos, colaboradores todos en una obra trascendente de superación humana, acertamos a cumplir con nuestro deber: fórmula sencilla en su enunciado, compleja y difícil en su realización. Porque cumplir el deber es para el maestro universitario estudiar siempre para no retrasarse en el camino de la ciencia que avanza constantemente; perfeccionar día a día los métodos, los sistemas y los procedimientos de enseñanza para que su esfuerzo de transmisión del saber a sus alumnos no se pierda infructuosamente; mantener el espíritu sereno y tranquilo a fin de que las relaciones con colegas y alumnos se desarrollen en ambiente propicio a la comprensión y a la colaboración indispensables en la obra docente; no empañar la limpidez de la conducta social y profesional que constituye un poderoso recurso en la formación de los estudiantes que en el maestro ven al modelo digno de imitación; contribuir a la investigación y a la difusión de la ciencia con sus trabajos y sus publicaciones; tomar, en suma, el magisterio superior con toda la pasión y la severidad de un verdadero apostolado, digno de consagrarle lo mejor de nuestra vida.

Y porque cumplir el deber para el estudiante es dedicar al estudio, al trabajo, las mejores horas de la juventud; es cultivar la voluntad para vencer las múltiples incitaciones que tratan de apartarle del camino de renunciación y superación que eligió al ingresar en la Universidad; es someterse a una severa disciplina interior y a una consciente disciplina externa para no romper la necesaria relación de subordinación de los medios conducentes a los fines perseguidos y conseguir la armoniosa convivencia de dirigentes, maestros y alumnos que es la vida universitaria; es observar, dentro y fuera de las aulas, de las bibliotecas, de los laboratorios, una conducta acorde con la obligación de enaltecer constantemente a la Universidad; es, en suma, consagrarse por entero a su forma-

ción en la última etapa educativa, afinando todas las capacidades y las virtualidades de su espíritu.

He de reiterar, en esta nueva oportunidad, mi constante advertencia a los jóvenes estudiantes universitarios de que en sus actuaciones individuales y colectivas mantengan el necesario equilibrio entre sus deberes y sus derechos, cuidando de no atrofiar los primeros ni hipertrofiar los segundos.

Siempre les observé que el abuso de los derechos alcanzados para su discreta y moderada utilización, trae, al fin y a la postre, la pérdida de los mismos, por una ley de mecánica social ineludible. En su propia y cercana experiencia han podido verificar la verdad de esta advertencia oportuna.

"Por la natural vehemencia de su temperamento —les dije en no lejana oportunidad— la juventud comete errores y equivocaciones que muchas veces refluían en su propio daño o en daño de la universidad a la que pertenecen. En estos casos constituye un deber irrenunciable de quienes tenemos la responsabilidad de su conducción, hablarles el lenguaje de la verdad y no el de la adulación interesada, para que, con la nobleza propia de su espíritu, rectifiquen oportunamente sus errores para su propio bien. La rebeldía natural y necesaria de la juventud debe ser disciplinada y encausada por la Universidad para que no se torne en anarquía destructora. Es acaso éste el deber más delicado y de difícil cumplimiento de los maestros porque conlleva el peligro de la incomprensión, por lo menos momentánea, de los estudiantes, con sus desagradables consecuencias, pero deber ineludible para quienes ejercemos el magisterio de la juventud y sentimos hondamente la responsabilidad de tan alta misión".

Esta "comunidad de maestros y discípulos para aprender los saberes" que es la Universidad según la insuperable definición medieval, está llamada a mantenerse y prosperar en el ambiente de libertad, tolerancia y respeto a todas las ideas que le es consustancial, y que felizmente nos ha sido posible conservar inalterable, en medio de las olas tempestuosas de la pasión y de la intolerancia que se agitan en torno. Aliento la esperanza de que lograremos continuar laborando en este clima propicio y que podremos demostrar que no es preciso que todos piensen de la misma manera para realizar una obra que demanda el concurso de mentes libres y de voluntades coincidentes en un ideal común.

Para terminar, expreso mi cordial felicitación a todos y cada uno de los alumnos egresados de la Universidad que se han hecho acreedores a la condecoración Benigno Malo por sus méritos estudiantiles, cuya entrega está confiada al Sr. Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Octubre 14 de 1963

APÉNDICE

EL IDEARIO UNIVERSITARIO DEL DOCTOR CARLOS CUEVA TAMARIZ

El escritor Antonio Lloret Bastidas, en su biografía sobre Carlos Cueva Tamariz, al seleccionar apartes de su pensamiento universitario, dice que la selección habría podido “alargarse a muchas páginas, pero nos limitaremos a unas cuantas expresiones tuyas siguiendo un orden cronológico, que reflejan el espíritu de la Universidad, tal como él la vio, y en gran parte ayudó a conformarlo”.

Revolución mundial

En la Universidad es imperativo estudiar, en estos precisos momentos, las bases para la futura convivencia internacional elaboradas por las Naciones Unidas, en un noble esfuerzo de superación de egoísmos racionalistas, en la Conferencia de San Francisco, y que han de constituir el nuevo Derecho Internacional (*Oct. 14/1945*).

Deficiencias de la Universidad

La formación profesional es, sin duda, una de las finalidades de la enseñanza universitaria, aunque no la principal. Al lado de ella, y sin oponérsela, está el cultivo de la ciencia y de la cultura desinteresadas, la sistematización del conocimiento científico puro y aplicado a las necesidades y realidades de nuestro país. Y es en este

campo donde tienen que actuar de hoy en adelante la universidad ecuatoriana, si ha de responder a su llamado histórico (Oct. 20/1946).

Juventud universitaria y política

El universitario es, a la vez que espíritu que se modela por la educación superior, ciudadano de su patria, conciencia alerta de su pueblo, hombre que vibra con las palpitaciones del mundo... La tarea de las juventudes universitarias rebasa los planos individualistas e interesados, para elevarse hacia los planos superiores de la solidaridad, inspiradas en los grandes ideales humanos: justicia, libertad, derecho; que es como decir lucha contra la injusticia, contra el despotismo, contra la fuerza (Nov. 3/1946).

Selección de alumnos

La Universidad, para el cumplimiento de sus fines de cultura superior, tiene el derecho de seleccionar a los alumnos que acuden a ella en busca de conocimientos, precisamente en razón de la aptitud para recibirlos o para elaborarlos. No todos pueden estudiar con provecho las variadas disciplinas científicas que exige la formación facultativa. La selección democrática -la única legítima- tiene que hacerse a base de capacidad, de aptitud, de inteligencia (Oct. 19/1947).

Universidad y transformación social

Mas, no es solamente en cuanto a la selección de estudiantes que la Universidad debe renovarse para hacer frente a los requerimientos de esta época de grandes transformaciones históricas. También debe renovar su estructura interna, pues ha olvidado en gran parte su rol de modeladora de espíritus y de creadora del sentido de responsabilidad de la inteligencia frente a los sucesos históricos (Nov. 5/1948).

Tradición cultural de la Universidad

Y el estudio universitario ha de hacerse sin sectarismos y sin prejuicios limitadores, sometiendo todos los hechos, todas las doctrinas, todas las teorías y todas las experiencias al más riguroso análisis, sin renuncia de las propias convicciones, antes bien para afianzarlas, o rectificarlas, en consonancia con el resultado de ese análisis. La tolerancia, flor de cultura, es el ambiente propio de esta Casa de Estudios, donde el más escrupuloso respeto de la conciencia ajena es la norma inquebrantable de quienes la dirigimos. Lo saben muy bien profesores y alumnos que, procedentes de campos ideológicos diversos, encuentran aquí un hogar abierto y cordial para sus inquietudes espirituales (*Oct. 15/1950*).

Problemas universitarios

Pienso que es la Universidad la que debe seleccionar capacidades y vocaciones y, sobre la base de la preparación general recibida en el colegio, entrenar por un período de tiempo -un año posiblemente- a los futuros profesionales, a fin de facilitarles el curso normal de sus estudios universitarios (*Julio 17/1951*).

Universidad y educación

Educar: he aquí lo que la Universidad ha olvidado por mucho tiempo. Se ha satisfecho con enseñar, con informar, a lo mucho con investigar. Pero no ha educado, sino en el mínimo grado en que la enseñanza es, por sí misma, educativa (*Oct. 15/1954*).

Ideales de la juventud

Junto con el amor a la verdad ha de comunicar la Universidad a sus jóvenes alumnos el desinterés en el estudio y en el cultivo de la ciencia. Ha de llevarles al conocimiento de las variadas disciplinas del saber por el saber mismo, para la realización de la vocación personal y por la utilidad

campo donde tienen que actuar de hoy en adelante la universidad ecuatoriana, si ha de responder a su llamado histórico (Oct. 20/1946).

Juventud universitaria y política

El universitario es, a la vez que espíritu que se modela por la educación superior, ciudadano de su patria, conciencia alerta de su pueblo, hombre que vibra con las palpitaciones del mundo... La tarea de las juventudes universitarias rebasa los planos individualistas e interesados, para elevarse hacia los planos superiores de la solidaridad, inspiradas en los grandes ideales humanos: justicia, libertad, derecho; que es como decir lucha contra la injusticia, contra el despotismo, contra la fuerza (Nov. 3/1946).

Selección de alumnos

La Universidad, para el cumplimiento de sus fines de cultura superior, tiene el derecho de seleccionar a los alumnos que acuden a ella en busca de conocimientos, precisamente en razón de la aptitud para recibirlos o para elaborarlos. No todos pueden estudiar con provecho las variadas disciplinas científicas que exige la formación facultativa. La selección democrática -la única legítima- tiene que hacerse a base de capacidad, de aptitud, de inteligencia (Oct. 19/1947).

Universidad y transforma- ción social

Mas, no es solamente en cuanto a la selección de estudiantes que la Universidad debe renovarse para hacer frente a los requerimientos de esta época de grandes transformaciones históricas. También debe renovar su estructura interna, pues ha olvidado en gran parte su rol de modeladora de espíritus y de creadora del sentido de responsabilidad de la inteligencia frente a los sucesos históricos (Nov. 5/1948).

Tradición cultural de la Universidad

Y el estudio universitario ha de hacerse sin sectarismos y sin prejuicios limitadores, sometiendo todos los hechos, todas las doctrinas, todas las teorías y todas las experiencias al más riguroso análisis, sin renuncia de las propias convicciones, antes bien para afianzarlas, o rectificarlas, en consonancia con el resultado de ese análisis. La tolerancia, flor de cultura, es el ambiente propio de esta Casa de Estudios, donde el más escrupuloso respeto de la conciencia ajena es la norma inquebrantable de quienes la dirigimos. Lo saben muy bien profesores y alumnos que, procedentes de campos ideológicos diversos, encuentran aquí un hogar abierto y cordial para sus inquietudes espirituales (*Oct. 15/1950*).

Problemas universitarios

Pienso que es la Universidad la que debe seleccionar capacidades y vocaciones y, sobre la base de la preparación general recibida en el colegio, entrenar por un periodo de tiempo -un año posiblemente- a los futuros profesionales, a fin de facilitarles el curso normal de sus estudios universitarios (*Julio 17/1951*).

Universidad y educación

Educar: he aquí lo que la Universidad ha olvidado por mucho tiempo. Se ha satisfecho con enseñar, con informar, a lo mucho con investigar. Pero no ha educado, sino en el mínimo grado en que la enseñanza es, por sí misma, educativa (*Oct. 15/1954*).

Ideales de la juventud

Junto con el amor a la verdad ha de comunicar la Universidad a sus jóvenes alumnos el desinterés en el estudio y en el cultivo de la ciencia. Ha de llevarles al conocimiento de las variadas disciplinas del saber por el saber mismo, para la realización de la vocación personal y por la utilidad

social que ello reporta, conservando y afinando en el joven, futuro profesional, uno de los rasgos más puros y hermosos del alma adolescente: el desinterés magnífico de sus acciones y de su conducta (*Oct. 9/1955*).

Semilla de libertad

Discípulos de Espejo fueron los hombres de Cuenca que agitaron el ambiente medieval de la ciudad y prendieron entre la resignada sociedad que demoraba en este valle de los Andes la espina de la inconformidad y de la rebeldía. Joaquín Salazar y Lozano, Francisco García Calderón, Tomás Ordóñez, Vázquez de Noboa, Nicolás Cisneros, el cura Loyola, son figuras proceras de la historia azuaya y de la historia nacional por su devoción a la libertad y por el ímpetu generoso de su acción. Las sucesivas generaciones están obligadas a enaltecerlos y a recordarlos, porque su exaltación y su recuerdo equivalen a una renovación de votos por la causa de la libertad y del derecho (*Nov. 8/1956*).

Tradición e ideales

Es por esto, creo yo, que nuestra Universidad, centro de la vida intelectual del Azuay, y por ello instrumento de captación de las inquietudes universales en el campo de la cultura y de la ciencia, se encuentra fuertemente ligada a la tradición y a la historia cuencanas, las siente profundamente y las utiliza como un poderoso acicate para su progreso. En ella tratamos de conjugar armoniosamente la devoción por las cosas cercanas, asentadas en el pequeño horizonte de la comarca querida, enmarcada por un cerco de colinas azules, con el amor de los grandes ideales humanos: la libertad, la cultura, la justicia, y con la preocupación por todos los problemas que agitan a la humanidad en el plano de la ciencia y de la técnica (*Nov. 7/1957*).

Ingreso a la Universidad

Porque la Universidad forma a sus alumnos para la vida y todo lo que en ella se enseña debe tener vitalidad, capacidad de aplicación, operancia vital. Las ideas inertes y los conocimientos sin aplicación forman eruditos, pero las ideas vivas, los conocimientos vivos, palpitanes, forman dirigentes capaces, profesionales útiles, investigadores eficaces. Por esto los profesores necesitan estar al día en materia de ideas y de conocimientos, porque todo retraso es fatal para ellos mismos y para sus alumnos. La ciencia no se detiene un instante, avanza siempre. Las ideas se envejecen con el uso, como los zapatos, como decía Unamuno, y hay que renovarlas (*Oct. 12/1958*).

Pedagogía universitaria

La misión de la Universidad no es únicamente la de impartir conocimientos, la de enseñar, la de informar a sus alumnos. Es una misión más trascendente y más alta: formar, modelar, educar a los jóvenes de diez y ocho años de edad en adelante para que puedan integrarse a la sociedad y servirla eficazmente, en función de la profesión adquirida (*Oct. 16/1960*).

Técnica y humanismo

En el mundo moderno, que tan prodigiosos avances ha hecho en el dominio de las ciencias y de las técnicas, la Universidad no puede menospreciarlas, sino antes esforzarse por dominarlas y conocerlas plenamente, pero a la vez tiene que ser celosa transmisora de las disciplinas humanas, de aquellas que giran en torno de la persona humana, del hombre y de su destino, para que la ciencia y la técnica sean las siervas del hombre y no sus amos, para que las maravillosas fuerzas que la naturaleza ha puesto en manos de los hombres sean utilizadas

para su progreso, para su comodidad, para su liberación, no para su destrucción y su muerte (Oct. 15/1961).

Enseñar y aprender con pasión

La pasión de enseñar y la pasión de aprender han de conjugarse en la Universidad de tal manera que su aprender resultante sea una permanente y sólida unidad de propósitos de superación constante que mantenga la armonía natural indispensable en una empresa de cultura y de elevación humana que es, en definitiva, la Universidad. Y el maestro no solamente enseña en sus lecciones a sus alumnos, sino que aprende de ellos lecciones perdurables de amor a los estudios, de pasión por la justicia, de desinterés y de fervor por las nobles causas.

La intransigencia, el fanatismo, el sectarismo, no pueden tener cabida en esta Casa de Estudios, porque serían su negación y su ruina. Todos estamos obligados a preservarla de tan dañino contagio y a mantenerla sana, clara, equilibrada y serena (Oct. 8/1962).

Fundación de la Universidad

La Universidad no puede renunciar jamás a su misión fundamental, que es la de formar en nivel superior al hombre, para que este pueda dirigirse a sí mismo y dirigir a la colectividad de la que forma parte.

El hombre es la medida de todas las cosas. Las cosas están al servicio del hombre y el hombre debe tener la capacidad de transformarlas y dirigirlas. Esa capacidad es la que debe revelar y perfeccionar la Universidad y a este fin deben estar dirigidas todas sus actividades. Esta es el alma de

la Universidad, sin el cual quedaría solamente su apariencia externa, vacía y perturbadora (*Enero 21/1963*).

Adversarios de la Universidad

La Universidad constituye un crisol en el que se purifican los anhelos y los ímpetus justicieros de la juventud y en el que se decanta, con el estudio y el trabajo intelectual, la verdad del hombre actual, colocado en la encrucijada histórica de una nueva era. Por esto, todas las universidades del mundo, y especialmente las de nuestra América Latina, son focos de agitación y de inquietud abiertos a las realidades de un mundo en proceso de transformación revolucionaria. Y es precisamente la Universidad la llamada a encauzar y disciplinar esa poderosa fuerza renovadora de la juventud a fin de capacitarla para la edificación de las nuevas patrias renovadas y purificadas de seculares injusticias (*Oct. 14/1963*).



BIOGRAFÍA

Carlos Cueva Tamariz



Carlos Cueva Tamariz con su hijo Juan de seis años.

La memoria es compleja y curiosa. Fija algunas escenas y diluye otras sin razón aparente. Enfoca y desenfoca. Tiene una semejanza con los filmes. De pronto aparecen primeros planos nítidos y luego escenas borrosas. Colores. Sepias. Blanco y negro. Veladuras y daños en la proyección. Como que se interrumpe la corriente de repente. Los recuerdos tienen el color del sueño y la densidad de la neblina. A veces son como un presente que retrocede mágicamente en el tiempo.

Los más lejanos recuerdos que tengo de mi papá son cuando yo tenía alrededor de tres años. Se preparaba a viajar a Quito para actuar como diputado del Azuay. En aquel entonces viajar era cosa muy seria. Yo tomé una pequeña maleta para viajar con él. Mi padre me siguió en el juego y de allí la foto que usted. puede ver adjunta.

Fiesta de la Lira en Cuenca en 1921 con Remigio Crespo Toral. Nacimiento de la revista Páginas quincenales de Literatura.



Mi padre era habilísimo para hacer cometas y barriletes con pa-

pel de seda de mil colores y varas de sigsig, de duda o de carrizo. Se pegaba todo con engrudo. Las cometas tenían chasqueadores que sonaban con el viento. Cuando volaban las cometas en el cielo ventoso de agosto, mandábamos cartas por la piola. Llegaban con la misma velocidad que los e-mails de ahora.

Nos leía cuentos de Gulliver en el país de los enanos y nos hacía adivinanzas dificilísimas. Nos enseñaba trabalenguas y jugaba con nosotros a la perinola. Con él golpeábamos toctes, comíamos con panela raspada. Cuando nos portábamos bien nos regalaba colaciones y huevos de faltriquera.

*Diputado de Cuenca al
Congreso Nacional en 1924.*



Años después, cuando yo ya pintaba un incipiente bigote y me salían las primeras espinillas, recuerdo a mi padre que se iba al trabajo en bicicleta con una liga en el pantalón para que no se enredara con la cadena.

Mi padre era un hombre distinto a todos los demás. Leía mucho y hablaba poco. Tenía algunas reglas de conducta inviolables. Por ejemplo decía que todo mal que a uno le hacen, hay que responde siempre con un bien. Un día llegó un militar a Cuenca como Jefe Civil y Militar de la plaza. Era —claro está— época de dictadura. Este militar, vaya usted a saber por qué, le tomó antipatía a mi padre que, en ese entonces, era Rector de la

Carrera ciclistica en los años 30. C.C.T. era Director de Estudios del Azuay.



En la Casa de la Cultura Ecuatoriana con Manuel Agustín Aguirre, Benjamin Carrión, Pío Jaramillo Alvarado, Leopoldo Benites Vinueza, Abel Romeo Castillo, Jorge Icaza, Juan Isaac Lovato, Humberto Vacas Gómez, Humberto Mata Martínez, entre otros.



Delegados al Tercer Congreso de Universidades en Buenos Aires. Consta con Luis Monsalve Pozo, Alfredo Pérez Guerrero, Rizieri Frondizi y Carlos Cueva Tamariz en 1959.



Conferencia Internacional en Río de Janeiro con Antonio Parra Velasco, Gonzalo Escudero y otros en 1965.



Universidad de Cuenca. Le hizo todos los males posibles, hablaba mal de él, le acusaba de subversivo, decía que era un revolucionario peligroso que complotaba contra el orden establecido. (¿Será malo eso, me pregunto yo?). Feroz era el Coronel Jefe Civil y Militar de la Plaza de Cuenca. Tenía apellido de cítrico, me parece que Naranjo. El Coronel Naranjo, pero más parecía limón por su agrura.

Un buen día el pueblo de Cuenca se rebeló contra la dictadura. La multitud indignada se tomó las calles, y en pleno Parque Calderón, se aprestaba a linchar al Coronel Naranjo. Allí apareció mi padre que en tono alto y fuerte dijo:

- ¡Dejen al Coronel Naranjo. No hay que ser bárbaros. Que responda ante la justicia, pero nada de hacerse justicia por mano propia!

Así es como salvó la vida a quien tantos males le había hecho. Aplicó estrictamente su

regla moral de volver siempre con una buena acción a quien le había hecho un mal.

Otro recuerdo que tengo claro fue cuando mi padre era Ministro de Educación de Galo Plaza.

En una visita a Cuba al comandante Fidel Castro, con Manuel Agustín Aguirre y otros delegados.



Mi padre era un socialista convencido, defendía a la educación laica y por ello fue interpelado en el Parlamento por un líder conservador llamado Ruperto Alarcón Falconí. Los debates se transmitían por radio y cada intervención estaba llena de argumentos, de razones, de ideas políticas y filosóficas. De ideología. Muchos días duró la lucha de los contrarios y ganó, con poco margen, Carlos Cueva Tamariz. En aquel entonces los parlamentarios preparaban a conciencia sus intervenciones. Nadie hablaba sin argumentos sólidos. No se utilizaba el insulto como arma de combate. Se debatía con ideas.

Eran otros tiempos. La memoria se vuelve borrosa de pronto. No quiero recordar más. Veamos más bien las fotografías de aquel tiempo. En sepia. En blanco y negro. Con el color del sueño y la densidad de la neblina.

Juan Cueva Jaramillo

*Con el presidente
Dr. José María
Velasco Ibarra.*



ÍNDICE

ESBOZO BIOGRÁFICO	7
DISCURSOS	
El Precursor Eugenio Espejo	17
La Universidad en un mundo desequilibrado	22
El Papel de la Universidad en la transformación social	28
La definición de la Universidad	32
La herencia de los libertadores	39
La tradición cultural en nuestra Universidad y las tareas de maestros y alumnos	42
La patria chica y la patria grande	47
La Universidad y la paz	51
José Peralta	56
La responsabilidad de profesores y alumnos	61
Conjunciones de las tradiciones locales y los ideales universales	66
El ingreso a la Universidad	69
Justicia y libertad	75
La historia no se detiene	79
La unidad de América	82

Alfredo Pérez Guerrero	84
Armonía de la técnica y el humanismo	88
Enseñar y aprender con pasión	94
La Universidad y sus adversarios	100

APÉNDICE

El Ideario Universitario de Carlos Cueva Tamariz	111
--	-----

BIOGRAFÍA	119
------------------	-----

UNIVERSIDAD ALFREDO PÉREZ GUERRERO

La Universidad Alfredo Pérez Guerrero fue creada mediante Ley de la República N° 34 de 15 de enero del 2001, e inició sus actividades el 7 de mayo del 2001 al cumplirse el centenario de nacimiento de su Patrono.

Lleva el nombre de uno de los más grandes y eminentes personajes de nuestra Patria, Alfredo Pérez Guerrero, demócrata en toda la extensión de la palabra, comprometido con el panorama universal, siempre cerca de los ideales sustantivos del hombre: la paz, la justicia, la libertad, la ética y la moral.

La Universidad tiene sus raíces en el Instituto de Educación Superior denominado Tecnológico Americano, y se ha transformado, de un centro educativo de pequeña dimensión, en una Universidad moderna, dinámica y flexible, orientada a la formación integral de profesionales capacitados, con excelencia académica sólida y variada, impartida a través de modelos de enseñanza – aprendizaje de vanguardia, para contribuir al desarrollo científico, tecnológico y cultural del País, sobre la base de una auténtica educación en valores, tan necesaria y vital para las generaciones presentes y futuras.